

Rüdiger Dahlke

EL MENSAJE CURATIVO DEL ALMA

La enfermedad como
mensaje del alma

Cómo aprender a crecer espiritualmente
a través de sus síntomas

Por el autor del bestseller
LA ENFERMEDAD COMO CAMINO

ROBIN BOOK

ALTERNATIVAS

Si usted desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, sólo tiene que remitirnos su nombre y dirección, indicando qué temas le interesan, y gustosamente complaceremos su petición.

Ediciones Robinbook
información bibliográfica
Industria, 11 (Pol. Ind. Buvisa)
08329 Teià (Barcelona)
e-mail: info@robinbook.com



www.robinbook.com

Título original: *Krankheit als Sprache der Seele.*

© 1992, C. Bertelsmann Verlag GmbH, München.

© 1998, Ediciones Robinbook, SL.

Apto. 94.085 - 08080 Barcelona.

Diseño cubierta: Regina Richling.

Fotografía: CD Gallery.

ISBN: 84-7927-185-X.

Depósito legal: B-15.081-1998.

Impreso por Liberdúplex, Constitució, 19, 08014 Barcelona.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Doy las gracias a Angela Stargalla, Alexandra Steinbeis,
a los doctores Helmut Oberhofer, Felix Reimer,
Ueli Egli y Erwin Stross,
y a mi madre,
por sus sugerencias y correcciones.

Para Margit

Introducción

Diez años después de la publicación del libro *La enfermedad como camino*, ha llegado el momento de continuar y ampliar los temas descritos en él. El hecho de que las tesis del primer libro fueran acogidas con tanto interés, en un principio por personas interesadas y después, paulatinamente y de forma creciente, en círculos médicos demuestra la necesidad de encontrar una explicación a la enfermedad que reúna la forma y el contenido, el cuerpo y el alma.

Algunos pacientes, personas asistentes a seminarios y lectores me han expresado su deseo de profundizar más en las interpretaciones, especialmente de aquellas enfermedades que no fueron tratadas en el primer libro. Aquí las encontrarán de forma ampliada. Atendiendo múltiples sugerencias no nos hemos preocupado tanto de exponer gran cantidad de cuadros clínicos como de hacerlo de manera que los afectados se den cuenta de la dirección en la que han de seguir trabajando.

Una de las consecuencias que podemos extraer del primer libro es la necesidad de poner de mayor relieve los pasos que llevan a una determinada interpretación, así como ahondar en el «pensamiento vertical», que es la base sobre la que se construye todo el concepto. En las consultas hemos comprobado que es más útil aproximarnos a un determinado cuadro clínico desde diversos puntos de vista que centrarnos en sus aspectos más sobresalientes. Aunque el hecho de interpretar gran número de síntomas de una misma enfermedad pueda parecer tedioso a los no afectados por la misma, creemos que de esta manera los enfermos podrán seguir trabajando de manera más consecuente y provechosa. Precisamente ésta es la

PRIMERA PARTE



Introducción a la filosofía de la interpretación de los cuadros patológicos

1. Interpretación y valoración

El título *La enfermedad como camino* ha dado pie a malas interpretaciones. No obstante, debe entenderse literalmente, sin intentar descubrir ningún tipo de valoración. La enfermedad es un camino transitable que en sí no es ni positivo ni negativo. Todo depende de la actitud que adopte la persona enferma; yo he visto cómo muchos de mis pacientes emprendieron este camino de manera consciente y, más adelante, mirando retrospectivamente se dieron cuenta de que «su sobrepeso», «su infarto» o incluso «su cáncer» habían sido una oportunidad. Por ejemplo, el ataque al corazón que sufrió Santa Teresa de Jesús fue posiblemente lo que la condujo a seguir un determinado camino en la vida, o sabemos que las visiones que tenía Hildegarda von Bingen estaban estrechamente relacionadas con sus migrañas. Estas dos mujeres extraordinarias recibieron los mensajes que querían comunicarles sus respectivas enfermedades, aplicándolos después en sus vidas de manera ejemplar. Ésta es justamente la aspiración de *La enfermedad como camino*: aprender de los propios síntomas y crecer.

Abusar de este concepto y de la filosofía en la que se basa es un gran error. El esoterismo no tiene nada que ver con el reparto de la culpa sino que, tal como se expuso en el primer libro, parte del supuesto que cada persona en principio es culpable en tanto en cuanto está alejada de la unidad. Nuestra culpa no tiene nada que ver con las faltas grandes o pequeñas que cometemos en la vida diaria sino que nos es inherente. El origen de la culpa del ser humano hay que buscarlo en la ex-

pulsión de la unidad que representaba el Paraíso. La vida en este mundo lleno de contradicciones es necesariamente deficiente y sirve para encontrar el camino de vuelta a la unidad. Cualquier falta y cualquier enfermedad ponen de manifiesto los elementos que precisamos para llegar a la perfección, por lo que en realidad son oportunidades para desarrollarnos.

Hacer un mal uso de las interpretaciones de las enfermedades para valorar a otras personas es un error en varios aspectos. Por una parte, no tiene sentido culpabilizar a nadie, ya que la culpa original nos afecta a todos por igual y no es preciso que nadie reparta responsabilidades. Tiene tan poco sentido eso como felicitar a los enfermos por las posibilidades de desarrollo y de aprendizaje que supone su enfermedad. En esto, los así llamados «primitivos» nos llevan ventaja puesto que consideran los síntomas de las enfermedades como intervenciones del destino en sus vidas y los aceptan como pruebas. En muchas tribus los chamanes en ciernes incluso anhelan sufrir su enfermedad iniciática, que es el único camino que puede conducirles a nuevas experiencias. En algunos casos este pensamiento se lleva hasta el último extremo y los curanderos sólo pueden intentar sanar aquellas enfermedades que ellos mismos han sufrido en sus propias carnes. Si el curandero se ve a sí mismo como guía espiritual debe adoptar necesariamente esta actitud, ya que todo guía primero debe conocer él mismo un territorio antes de poder guiar a otras personas por él.

En nuestra sociedad sólo quedan algunas trazas de este pensamiento. Por ejemplo, las palabras y expresiones derivadas de la palabra latina *salus*, que significa salud. No hay que olvidar tampoco el procedimiento de ensayo de los nuevos medicamentos homeopáticos. Los médicos homeópatas penetran voluntariamente en el campo de experiencias de la enfermedad a fin de conocer las pautas del remedio que recetarán. Después de todo, de un psicoterapeuta esperamos, y con razón, que conozca suficientemente el paisaje espiritual propio y colectivo, y que sepa hacia dónde guía a sus pacientes.

La enfermedad es una circunstancia que nos une a todos y no tendría ningún sentido tratar de responsabilizar a una persona enferma por estar pasando por un difícil período de aprendizaje y recibir una oportunidad de crecimiento. En cualquier caso, no tendría nada que ver con el concepto de *La enfermedad como camino*, sino simplemente con ganas de incordiar a alguien.

Aquel que apunta su dedo «acusador» hacia otra persona, para reprocharle su enfermedad o contra sí mismo para autoacusarse demuestra, además, que no ha entendido el concepto. Las interpretaciones abusivas como «tienes estreñimiento porque eres un tacaño» revelan que no se entiende el carácter en la sombra que se esconde tras cualquier síntoma de enfermedad. Por definición, la persona enferma no puede darse cuenta de ese lado oculto, por lo que tampoco es capaz de aceptar este tipo de interpretación recriminadora. Si dicha persona fuera consciente de que es tacaña, probablemente no padecería estreñimiento. La sombra no es adecuada como arma arrojada sino al contrario. En este tema, el más difícil de nues-

libre de sufrimiento corporal, psíquico y social, lo que supone que en este mundo no existen personas sanas, excepto en los manuales de anatomía y fisiología.

Tanto si asumimos que el estado general de enfermedad es un fracaso de la política de salud o una consecuencia inevitable de nuestro alejamiento de la unidad, el hecho es que todos presentamos síntomas y, por lo tanto, poseemos la oportunidad de crecer con ellos. La pregunta que se plantea es: ¿queremos seguir intentando eliminarlos, tal como se ha venido haciendo desde hace siglos sin ningún resultado, o preferimos hacer el esfuerzo de reconocerlos como indicadores y seguirlos?

4. Desplazamiento de los síntomas en dos sentidos

Los médicos son los únicos científicos que se creen capaces de eliminar cosas de la faz de la Tierra, mientras que, por ejemplo, los físicos o químicos saben y demuestran que las cosas nunca desaparecen sino que simplemente se transforman, adoptando diversas formas.

Al calentar un bloque de hielo una materia sólida se transforma en agua líquida y si se sigue calentando ese agua, en forma líquida, se transforma en vapor en forma gaseosa. Este proceso puede invertirse de nuevo mediante el enfriamiento, entonces el gas se convierte en líquido y después en hielo sólido. Se trata de un proceso que nos parece totalmente natural y que la física explica a partir de la ley de la conservación de la materia, que dice que la suma de las energías siempre permanece constante. En realidad, no es posible destruir nada.

La física explica, además, que las diversas formas que adopta el agua dependen de distintos estados de oscilación de sus moléculas. En el estado sólido éstas oscilan a una frecuencia relativamente baja, mientras que en el estado líquido poseen más energía y oscilan con mayor rapidez. Por último, en el estado gaseoso su excitación y por tanto su oscilación es muy elevada.

El esoterismo parte de una concepción similar al comparar lo sólido con el elemento Tierra, lo líquido con el elemento Agua y la forma gaseosa con el elemento espiritual Aire. La oscilación aumenta al pasar del plano material al plano espiritual. Trasladado al tema que nos ocupa, esto significa que: el cuerpo, como expresión del mundo material, posee la frecuencia de oscilación más baja, el plano psíquico posee una frecuencia media y el plano espiritual la frecuencia más alta. Por lo tanto, a fin de elevar al plano psíquico un tema que se manifiesta como síntoma físico en la frecuencia de oscilación más reducida, es preciso insuflar energía. Y aún se necesita más energía para alcanzar el plano espiritual. Esta energía debe traducirse a la hora de interpretar el cuadro patológico en forma de conciencia y afecto.

En el proceso inverso, el de la **patogénesis o formación de la enfermedad**, se produce un ahorro de energía. Cuando nos vemos obligados a abordar un tema que preferimos evitar, ahorramos energía consciente sumiendo el tema en el

plano psíquico y corporal. Aquello que no queremos tener en nuestro consciente y que confiamos eliminar ignorándolo finalmente permanece a un lado, en el pleno sentido de la palabra, o empleando la terminología de C. G. Jung, permanece en la **sombra**. Por consiguiente, la sombra está constituida por todo aquello que no queremos reconocer ni aceptar y que intentamos pasar por alto. La sombra es diametralmente opuesta al Yo, que está formado por todo aquello que aceptamos de nosotros mismos y con lo que nos identificamos. Por esta razón, ninguna persona y ningún Yo se plantea de buen grado los temas que se van acumulando en la sombra.

No obstante, puesto que la sombra es una parte necesaria de nuestra totalidad, únicamente podemos estar sanos, entendiendo por ello completos, si la integramos. Una persona completa está formada por Yo y Sombra; ambos conforman el ser humano completo y autorrealizado. Consecuentemente, la aceptación y la superación de los temas que existen en la sombra y que se traducen en síntomas es un camino para encontrarse a uno mismo. Los cuadros patológicos son manifestaciones de la sombra, que por su manera de aparecer desde lo más profundo de nuestra alma hasta la superficie del universo corporal, resultan fácilmente accesibles, con lo que se convierten en excelentes indicadores para alcanzar la plenitud.

El fenómeno del **desplazamiento de los síntomas**, con sus dos sentidos opuestos, puede ilustrarse claramente tomando como ejemplo una úlcera de estómago. Este término fue acuñado por la medicina y la psicología convencionales, al comprobar que los síntomas que se habían «eliminado» mediante terapia volvían a aparecer en otro punto. La medicina convencional se centra en el cuerpo, por lo que naturalmente el desplazamiento de los síntomas también tiene lugar en el cuerpo. Si quisiéramos ser cínicos, diríamos que los síntomas van pasando de un órgano a otro y de un especialista a otro.

En la actualidad, a las personas que acuden al médico quejándose de molestias del estómago de tipo nervioso, se les suele recetar un psicofármaco, que tiene un efecto de desacoplamiento psicovegetativo, es decir, se bloquea químicamente la unión entre los nervios vegetativos del estómago y la psique. Esto impide al estómago reaccionar ante estímulos psíquicos. De este modo las molestias desaparecen, aunque la situación fundamental del paciente sigue siendo la misma, por lo que vuelven a surgir. El siguiente paso de la medicina convencional sería el desacoplamiento psicovegetativo de tipo quirúrgico, que consiste en cortar las correspondientes ramificaciones del nervus vagus, que es el responsable. Si ya es demasiado tarde para realizar esta intervención, se seccionan dos o tres tercios del estómago afectado. La lógica que se aplica, tan simple como estrecha de miras, es que si se extirpa un órgano, éste ya no puede doler, pero en el estómago seccionado no tardan en aparecer otros trastornos digestivos. Todas estas medidas tienen como único objetivo el cuerpo. Los síntomas se desplazan al plano corporal o sea, por así decirlo, al plano horizontal.

La alternativa sería desplazarlos al plano vertical: del plano corporal, al plano psíquico y finalmente al espiritual. Pero para poder pasar de una zona de oscila-

ción más baja a otra de más alta se precisa energía, que debe aportar el mismo afectado. Lo único que puede hacer el médico es actuar como catalizador.³ Asumiendo un compromiso consciente es posible descubrir las raíces psíquicas que provocan los dolores en el estómago. ¿Qué le molesta? ¿Qué «traga» la persona que no puede digerir? ¿Qué lleva a este acto de automutilación, que, en definitiva, es lo que es toda úlcera de estómago? Tras los temas dominados por los sentimientos, un estudio adecuado detectará pautas de conciencia y podrá trabajar en ellas. El desplazamiento vertical de los síntomas tiene la ventaja de que se detiene la escalada de los síntomas, haciendo posible que desaparezcan definitivamente.

5. Forma y contenido

Los planos corporal-psíquico-espiritual, que se encuentran superpuestos verticalmente, representan las categorías de forma y contenido. El cuerpo corresponde al aspecto de la forma, mientras que el alma y el espíritu representan el contenido. Desde una concepción del universo religiosa o esotérica este paralelismo es evidente, pero las ciencias naturales no la aceptan. En la Antigüedad todas las formas, es decir todas las cosas, eran consideradas como manifestación de una idea subyacente. Goethe aún pudo afirmar sin temor a ser contradecido: «Todo lo que es perecedero no es más que una metáfora». En muchos ámbitos de la vida, desde el arte hasta la técnica, es evidente que la forma y el contenido van a la par. Así, lo que apreciamos en una estatua de Miguel Ángel es el mensaje que nos transmite. Por muy importante que sea el material queda eclipsado por el contenido. Cuando en un aparato técnico se enciende una luz de aviso nos apresuramos a buscar las causas, queremos saber por qué parpadea esa luz. Por el contrario, cuando el cuerpo emite señales de aviso intentamos reprimirlas atiborrándonos a pastillas, sin indagar en nuestro interior en busca de las causas que las originan. ¿Por qué no atribuimos ningún significado a las señales del cuerpo? Todos gozaríamos de una salud mucho mejor si tratáramos a nuestro cuerpo del mismo modo que a una máquina.

El siguiente ejemplo ilustra la relación existente entre la medicina científica y la medicina interpretativa. Supongamos que preguntamos a un conocido por una nueva obra de teatro y nos responde: «El escenario media 8 x 4 metros de largo y 2 metros de alto. Actuaron 14 actores, 8 mujeres y 6 hombres. Para hacer los trajes se utilizaron 86 m de lino y 45 m de seda, el escenario estaba iluminado por 35 proyectores, etc.». Evidentemente, esta respuesta nos decepcionaría, pero, por el

3. En la química se denomina catalizador al elemento que provoca una reacción sin sufrir modificaciones en sus características. Sin catalizador no hay reacción. El catalizador participa en el proceso pero no le afecta. Éste es el único punto débil del símil, ya que este tipo de procesos curativos pueden desarrollarse asimismo sin la intervención de un médico y la terapia les influye.

contrario, tenemos en gran estima a un médico que tras examinarnos a fondo nos abrumba con multitud de hechos y datos acerca de nuestro cuerpo. Un médico así se limita asimismo a la forma y decepciona asimismo a sus pacientes, por decirlo de algún modo. Finalmente, tras exponer todos los resultados de las pruebas y de su exploración, dice por ejemplo: «Se trata de una pulmonía», con lo cual el paciente siente que comprende mejor qué le pasa. El médico ha interpretado sus cifras y sus datos, por lo que sus palabras cobran significado para el paciente.

Nuestro planteamiento no se detiene aquí, sino que va más allá. Naturalmente en esta dirección en la que se busca el significado podríamos preguntarnos por ejemplo: ¿qué es una pulmonía? Dependiendo del órgano concreto podemos saber cuál es el plano afectado. El pulmón es el órgano en el que se produce el intercambio de gases y contribuye a que podamos comunicarnos, puesto que el habla se genera mediante la modulación del aire que expiramos. Todos respiramos el mismo aire por lo que estamos en contacto a través de los pulmones. En nuestro cuerpo ambos lóbulos comunican el lado izquierdo con el derecho, del mismo modo que la respiración conecta el consciente con el inconsciente. Ninguna otra función corporal es accesible de igual forma por ambos caminos. El órgano, es decir el pulmón, nos indica el plano en el que existe el problema, cuál es el tema conflictivo: el contacto y la comunicación. Tal como demuestran de forma evidente los últimos hallazgos de la medicina convencional, una inflamación* es una confrontación armada, un conflicto en los tejidos. Los anticuerpos luchan contra gérmenes patógenos, se elaboran estrategias, se lucha, se muere y se vence. Por lo tanto, la inflamación en los pulmones encarna un conflicto a nivel de la comunicación. A partir de este primer paso en la interpretación podríamos ir más allá y preguntarnos: ¿por qué me pasa justamente a mí, justamente esto y justamente ahora? ¿Qué me impide hacer? ¿Qué me obliga a hacer?

Para lograr una interpretación realmente significativa es preciso tener en cuenta el entorno individual así como la sintomatología específica. La interpretación por la vía rápida de **diagnósticos**, tal como acabamos de hacer, es tan superficial como el mismo diagnóstico. No obstante, la interpretación de los diagnósticos no es del todo inútil, aunque sólo se trate de agregar una piedrecita más al gran mosaico del cuadro patológico. Por otra parte, es preferible utilizar el término traducido antes que el latino, el griego o, como viene siendo habitual últimamente, el término inglés. Así, esclerosis múltiple significa «muchos endurecimientos», lo que arroja no poca luz sobre esta enfermedad. Otros diagnósticos pierden parte de su componente aterradora al ser explicados, por ejemplo PCP: **P**oli (=múltiple) **A**rtritis (=inflamación de las articulaciones) **C**rónica (=que va progresando) **P**rimaria (=desde el principio).⁴ En realidad usted no necesitaba un médico para efectuar

4. Recientemente se han empezado a utilizar las iniciales PCP para designar un tipo de pulmonía común sobre todo entre los enfermos de sida. En este caso significa *Pneumocystis carinii penumonia*. Cuando PCP se refiere a la pulmonía habitual se tacha la primera P, que de todos modos no tiene ningún significado.

este diagnóstico, puesto que ya sabe que desde el principio el problema es que le duelen muchas articulaciones y que dicho dolor se va agravando.

Esperamos que al contraponer forma y contenido hayamos puesto claramente de manifiesto cuán importantes son los dos. Sin escenario ni actores no es posible representar una obra de teatro, sin trajes resultaría algo embarazoso para los actores y el público, y sin iluminación su significado quedaría sumido en tinieblas. Todos estos aspectos tienen su importancia, pero no son esenciales. Con los datos y las cifras obtenidos analíticamente ocurre algo parecido; son imprescindibles para describir los aspectos formales y, por supuesto, los utilizamos asimismo como puntos de partida. Nos permiten dar el primer paso, por lo que son requisito indispensable para dar un segundo paso, que es la busca de un significado o la interpretación. Sin embargo, es evidente que no pueden reemplazarlos.

Por consiguiente, la medicina convencional representa una importante base y la medicina interpretativa no aspira a sustituirla sino a ampliarla *esencialmente*. Por nuestra parte, no podemos hacerle ningún reproche fundamental. Ambas orientaciones tienen una base común, que es el cuerpo, pero sus campos de actividad se sitúan en planos totalmente distintos.

La medicina convencional se ha limitado al cuerpo y cuando se trata de efectuar «reparaciones» hace maravillas, dejando que la psicología se ocupe de la psique, mientras que la teología se ha centrado siempre en el espíritu. Reprochar a la medicina convencional que no se preocupa de la sanación espiritual es como acudir a una piscina municipal y quejarse de que no hay vistas al mar. Nadie promete que las haya, del mismo modo que la medicina moderna no promete la sanación del cuerpo, la psique y el espíritu, sino que se limita a realizar un buen trabajo de reparación en el plano corporal.

La medicina convencional tiene en común con la mayoría de medicinas naturistas⁵ este alejamiento del plano del significado. Tanto ésta como aquéllas tienen más puntos de contacto de los que pudiera pensarse y se basan en una misma concepción universal de tipo mecanicista. Todas ellas escudriñan el pasado en busca de las causas y compiten por ver cuál es capaz de hallar las causas más profundas y suprimir los síntomas mediante terapia. Incluso en la elección de las armas⁶ que emplean son más parecidas de lo que están dispuestas a admitir. Todo aquel que *declara la guerra* a los síntomas necesita armas y, evidentemente, defiende la causa de la alopátia, que se alza contra el enemigo intentando destruirlo con los medios más efectivos a su alcance.

5. Esta apreciación no es cierta si se considera la homeopatía o la medicina china como medicinas naturistas. Asimismo, dentro de la medicina psicosomática también hay tentativas de formular una filosofía de la enfermedad más amplia.

6. Una diferencia importante, aunque gradual, es el riesgo que entrañan los efectos secundarios provocados por las armas que emplean. Cuando el tratamiento alopatóico es inevitable es preferible recurrir a remedios que no produzcan efectos secundarios o que produzcan efectos secundarios leves. Estos remedios no pueden considerarse remedios curativos, ya que su objetivo es suprimir los síntomas pero no lograr la curación o la plenitud.

7. El juego de las causas

La medicina convencional entorpece el camino del significado o el mensaje que quieren transmitir los cuadros patológicos y sus causas. Al igual que las ciencias naturales, la medicina parte del supuesto de que es posible encontrar la causa de cualquier cosa en el pasado, y su máximo interés se centra en descubrir y eliminar dicha causa. Además, critica cualquier otro tipo de planteamiento tachándolo de no científico, un reproche que, tal como veremos, también podría aplicarse a ella misma.

El aspecto más llamativo de dicha concepción de las causas es su limitación. Únicamente puede interrogarse en una dirección, el pasado, y formular la pregunta estándar «¿por qué?» una vez o dos como máximo. Naturalmente, también podría indagarse en otra dirección o formularse tantas preguntas como se desee. Por ejemplo a la pregunta: «¿por qué estoy resfriado?» una respuesta aceptable para la medicina convencional sería «porque hace dos días me atacó un virus». Pero si preguntamos «¿por qué me atacó un virus?». «Porque mi sistema inmunológico estaba debilitado». Más pronto o más tarde la respuesta desembocaría en el patrimonio genético, diciendo por ejemplo: «porque he heredado de mis padres este patrimonio genético». Pero, ¿por qué me legaron justamente este sistema inmunológico? La respuesta nos llevaría a los abuelos, que a su vez lo heredaron de sus padres y así sucesivamente hasta remontarnos a Adán y Eva y a la pregunta: «¿por qué los primeros seres humanos recibieron este sistema inmunológico?» Si fuéramos aún más «científicos» este procedimiento de preguntas y respuestas podría llevarnos hasta el *big bang*. La respuesta a la última pregunta: «¿Por qué, por el amor de Dios, tuvo que producirse el *big bang*?», quedaría sin respuesta.

Aunque el principio de la causalidad pueda parecer infalible, un examen más exhaustivo pone de manifiesto importantes fallos. El más importante de todos ellos es que, tal como demuestra la física moderna, no siempre se ajusta a la realidad. La física es la ciencia natural que más ha avanzado y que después de rebasar las fronteras de una concepción universal mecanicista, basada en la causalidad, la ha refutado.

Este punto de inflexión fundamental, no sólo para la medicina, se produjo en el marco de las investigaciones sobre las partículas más pequeñas de los átomos. Los físicos descubrieron que todas las partículas, excepto el fotón de luz, poseen un polo opuesto de simetría complementaria.¹¹ Por tanto, cada partícula tiene una partícula gemela, totalmente antagónica a la primera. Einstein elaboró un ordenamiento experimental en el cual una de las partículas gemelas que se generan es in-

11. Esto no resulta nada extraño para el esoterismo, ya que siempre parte del supuesto de que en este mundo polarizado todo tiene un polo opuesto y que sólo podemos explicarnos el mundo a través de estos opuestos. Por ejemplo, para comprender el concepto «pequeño» debemos echar mano del concepto «grande», lo «bueno» sólo tiene sentido si lo comparamos con lo «malo», etc.

fluida mientras la otra permanece inalterada. Sorprendentemente, en el momento en que la partícula influida experimenta un cambio de estado, la otra partícula, no influida, también se modifica, de modo que sigue siendo el polo opuesto de la otra. Lo más asombroso es que ambas partículas se modifican simultáneamente, por lo que es imposible explicar el fenómeno recurriendo a una transmisión de la información.

Finalmente el inglés John Bell demostró matemáticamente que entre las partículas procedentes de una fuente, llamadas partículas sincronizadas en fase, existe siempre una conexión no causal que no puede explicarse de manera lógica. El teorema de Bell va un paso más allá y demuestra que este principio no se aplica sólo al ámbito subatómico, sino a todo en general. Dicho teorema supone una refutación de la causalidad, que queda reducida a un modelo de explicación que únicamente nos permite aproximarnos a la realidad.

Si se tiene en cuenta que los científicos afirman que nuestro universo se creó a partir de una explosión, el *big bang*, debe de estar formado por partículas unidas entre sí. Este es justamente el punto de partida de los libros sagrados de Oriente, los vedas hindúes y los sudras del budismo, que describen la realidad como un todo cuyos diferentes aspectos constitutivos están permanentemente interconectados. El hecho de que algunos físicos presenten conclusiones de tipo metafísico no supone un acercamiento de la ciencia moderna al saber antiguo, como muchos afirman, sino que son las ciencias naturales las que se aproximan al saber intemporal de los principios de la sabiduría.

Pero si la causalidad ha sido refutada, se plantea la pregunta de por qué seguirse aferrando a ella. Lo cierto es que en la sociedad en la que vivimos¹² no podemos prescindir por completo de la causalidad porque todo está impregnado de ella, desde nuestra manera de pensar hasta nuestro lenguaje (incluso la frase precedente). Por otra parte, no existe ninguna razón que justifique el mantenimiento de un subgénero limitado del pensamiento causal, como es el sistema científico. Tal como ya hiciera Aristóteles, podemos considerar la causalidad como el mejor método del que disponemos para aproximarnos a un Universo que se «mueve» sincrónicamente. Las ventajas de esta concepción ampliada se ponen claramente de manifiesto, por ejemplo, al analizar científicamente un proceso simple como es un acontecimiento deportivo. Sin embargo, incluso una carrera de cien metros sería demasiado larga, por lo que debemos fijarnos en una pequeña parte de la misma, por ejemplo la salida. Una respuesta aceptable desde el punto de vista científico a la pregunta estándar: ¿cuál es la causa que impulsa a los atletas a empezar a correr?, sería: el disparo de salida. Se trata de algo que sucede en el pasado y que repercute en el presente, un hecho que siempre está presente y puede reproducirse. No obstante, si usted entiende un poco de atletismo, difícilmente

12. Algunas culturas, de las llamadas primitivas, funcionan sin aplicar apenas el pensamiento causal, pero difícilmente constituyen un modelo para nosotros.

encontrará esta respuesta satisfactoria. Probablemente razonaría que lo que realmente impulsa a los atletas a correr es su deseo ganar una medalla de oro. Pero esa posible victoria pertenece al futuro, por lo que la ciencia no la aceptaría como causa. Según Aristóteles, en cualquier hecho subyace un patrón causal. En el caso de la carrera de cien metros serían las reglas deportivas que prohíben, por ejemplo, que los atletas utilizar una bicicleta u otros medios auxiliares. Es gracias a que desde hace mucho tiempo existe una pauta llamada «carrera de cien metros» que los atletas saben en qué dirección deben correr. Finalmente, hay asimismo una base material o causa, que puede ser la pista de ceniza, los músculos etc., y que también es aceptada por la ciencia. Con cuatro causas en lugar de una seguimos sin explicar la realidad final, pero logramos aproximarnos más a ella. Si en el fondo no existe ninguna causa, podemos completar una de ellas con las otras tres. Por supuesto, al recurrir a estas cuatro causas para interpretar los cuadros patológicos la defendida por la medicina tradicional no pierde validez sino que sólo es completada y ampliada.

A causa de la costumbre y de la ceguera propia, a menudo sucede que al tratar de interpretar el propio cuadro patológico se cae en el error de la habitual monocausalidad. De este modo se atribuye la neumonía que uno mismo padece únicamente a la acción de un agente patógeno, sin buscar otras explicaciones. Naturalmente todas las neumonías están causadas por agentes patógenos, que son los desencadenantes de la verdadera causa, que hay que buscar en el pasado. Pero ellos no son los únicos responsables, tal como demuestra el hecho que la mayoría de personas sanas albergan en sus pulmones los agentes patógenos de dicha enfermedad pero no la desarrollan. Si, por ejemplo, esas personas sanas sufren un grave accidente de tráfico y son ingresadas en una unidad de cuidados intensivos, dichos agentes patógenos pueden atacar de repente. El elevado riesgo de contraer neumonía en una unidad de cuidados intensivos no es debido a que allí se produzca una concentración de agentes patógenos, al contrario, en ningún otro lugar se combaten y se eliminan con más efectividad. El auténtico motivo hay que buscarlo en el conflicto de comunicación que se manifiesta tan pronto como el único contacto del paciente se produce a través de tubos de plástico. Del mismo modo que siempre se encuentra una causa funcional, también se descubre un objetivo o un sentido fundamental así como una pauta en la que todo encaja.

8. Analogía y simbolismo

Aun cuando nos refiramos a las cuatro causas de Aristóteles, la filosofía de *La enfermedad como camino* se basa más bien en el pensamiento análogo que en el pensamiento causal. De nuevo es la física la ciencia que puede mostrarnos el camino de esta nueva concepción del universo. En vez de la causalidad, los físicos propusieron la simetría y afirmaron que las leyes últimas que podemos compren-

der son principios simétricos. El pensamiento análogo de la medicina antigua, que se expresa en el postulado de Paracelso «microcosmos = macrocosmos» o en el principio del esoterismo «igual arriba que abajo o dentro que fuera» está muy próximo a esta concepción simétrica. Al contemplar de manera análoga forma y contenido, cuerpo y alma, persona y mundo¹³ nos acercamos más a la realidad que cuando nos empeñamos en buscar causas, ya que la física demuestra que el mundo no está regido por una sucesión causal sino por una simultaneidad sincrona.

La clave de esta concepción del universo no hay que buscarla en el análisis sino en la simbología, que asimismo es el centro de la interpretación de los síntomas. Al igual que otros cuadros, los cuadros patológicos no pueden aprehenderse mediante el análisis del material sino mediante la contemplación¹⁴ de su totalidad. Por muy exhaustivo que sea el análisis del material, el mensaje de un cuadro se nos escapa al intentar captarlo con este método. Únicamente conseguiremos algunos datos sobre la composición de los pigmentos de la pintura, pero suponiendo que se trate de un paisaje otoñal, perderemos toda la atmósfera propia de dicha estación, ya que ésta se encuentra en el simbolismo de los colores y no en su química. A fin de interpretar un cuadro, todos los detalles deben unirse en una impresión general. El total es más que la suma de sus partes.

La palabra «símbolo» proviene del griego *symballein*, que significa «reunir, juntar». Por lo tanto, para interpretar los cuadros patológicos de las personas en su totalidad es preciso reunir todas y cada una de las impresiones para lograr una pauta o bien unir todos los pequeños símbolos para lograr un símbolo más amplio.

Pese a la legitimación por parte de la física moderna se favorece el pensamiento analítico en detrimento del análogo, aunque éste último conforma nuestras vidas de manera mucho más amplia de lo que creemos. Cuando conocemos a alguien nos hacemos una imagen de dicha persona, imagen que se basa en la comprensión de tipo simbólica-análoga. Aunque nuestro intelecto quiere convencernos de que las primeras impresiones engañan, no nos dejamos disuadir. Si nos fiamos de la razón tiene que pasar bastante tiempo para, finalmente, darnos cuenta de que nuestra primera impresión no nos engañaba. Cuando visitamos a alguien en su casa, en seguida nos hacemos una imagen de dicha persona a partir de dónde y de cómo vive, al igual que del coche que posee, etc. Todo ello se basa en una interpretación más o menos consciente de los símbolos. Asimismo todos los referentes religiosos tienen que ver con el simbolismo y la analogía; sólo así pueden entenderse los símiles. Cuando al rezar el padrenuestro decimos: «Que se haga tu voluntad, tanto en la tierra como en el cielo», estamos repitiendo con otras pa-

13. Véase al respecto R. Dahlke: *Der Mensch und die Welt sind eins - Analogien zwischen Mikrokosmos und Makrokosmos* (El hombre y el mundo son uno - Analogías entre el microcosmos y el macrocosmos). Munich, 1987.

14. La palabra «contemplación» ya contiene en sí misma la relación análoga. La primera sílaba «con» significa «juntos, unidos», el «templum» era en su origen una zona del cielo que observaba un augur a fin de lograr sacar de las alturas conclusiones para la vida terrena. El significado primitivo de con-templación era unión entre el templo superior en el cielo y el templo inferior en la tierra.

labras el principio esotérico «tanto arriba como abajo», por lo que nos movemos en el campo de la analogía.

En un examen más atento se pone de manifiesto que incluso las ciencias naturales se basan en un pensamiento de tipo comparativo, por ejemplo toda medición no es más que una comparación y una integración o proceso análogo. Tanto si se mide una determinada distancia, la temperatura o la presión, siempre se compara con una escala graduada, y puesto que las mediciones son la base de las ciencias naturales, su fundamento último es el pensamiento comparativo.

La afinidad de la medicina con el pensamiento análogo se hace aún más evidente en el campo de la estadística, una de sus disciplinas predilectas. Incluso se intenta reiteradamente obtener pruebas por medio de las estadísticas, un método por todos conocido y que induce a error. Por ejemplo, se pregunta a 100 heroinómanos si anteriormente consumían productos derivados del cannabis, como marihuana o hachís. Si el 90% responden que sí, se afirma que ésa es la «prueba» de que el consumo de cannabis conduce al consumo de heroína. Aunque esto parezca muy lógico, no tiene ningún valor probatorio, ya que sólo variando ligeramente la pregunta resultaría que la leche es la droga más peligrosa del mundo, ya que el 100% de heroinómanos y alcohólicos la tomaban antes de desarrollar su adicción. Nuestra intención no es en modo alguno desacreditar las estadísticas, sino todo lo contrario, rehabilitar el pensamiento comparativo subyacente. Las estadísticas pueden aportar información fundamental, pero no pueden demostrar nada porque sus correlaciones no tienen nada que ver con la causalidad. Tanto las mediciones como las estadísticas muestran hasta qué punto está difundido el pensamiento análogo, aunque nos neguemos a aceptarlo.

Incluso para la medicina moderna la simbología sigue teniendo una importancia decisiva. Tal como mostraremos, los símbolos y los rituales que sobre ellos se construyen desempeñan un papel tan determinante como ignorado en la sanidad. Este hecho es positivo porque los cuadros patológicos están compuestos por símbolos y conducen hacia rituales que van en la dirección correcta.

9. Campos formativos

Puesto que no existe ninguna cultura antigua ni ninguna sociedad moderna sin rituales, se puede afirmar que éstos son parte esencial de nuestra vida. Mientras que se ha estudiado mucho su difusión, aún se sabe muy poco de su efecto. En realidad, la primera teoría que intenta dar una explicación fue formulada en esta última década: la teoría de Sheldrake de los campos morfogenéticos o formativos. Sheldrake demostró mediante experimentos que entre los diferentes seres vivos existen relaciones que no pueden explicarse de manera lógica. Sheldrake postuló la existencia de los campos formativos, llamados así porque transmiten dichas relaciones sin necesidad de transferir materia o información. Diversos experimentos

II

Enfermedad y ritual

1. Rituales en nuestra sociedad

Todas las culturas antiguas que conocemos tienen algo en común: a partir de ciertos símbolos elaboraron rituales para fases especiales de transición vital así como para enfrentarse a las exigencias de la vida cotidiana. El hombre moderno es el único que cree no necesitar rituales y los considera supersticiones del pasado. En vista de ello, resulta asombroso la gran cantidad de ritos que aún perviven en nuestra época, por más que esté sometida al yugo de la razón. Ya sea porque no nos damos cuenta o porque los pasamos por alto, siguen dominando el panorama social. Junto a unos pocos rituales que se han conservado conscientemente como tales, por ejemplo los bautismos, las confirmaciones, las bodas y los funerales, conviven innumerables acciones que realizamos de manera inconsciente, o casi inconsciente, y que perduran por su carácter ritual. Nuestra vida cotidiana está llena de rituales forzosos, por ejemplo cuando caminamos por la acera y no podemos evitar ir siguiendo el dibujo del pavimento, cuando al ir en tren nos vemos impelidos a contar los postes que van pasando, cuando comprobamos cinco veces si el coche o la puerta de la casa están realmente cerrados, si el interruptor general de la luz está desconectado, etc. Todas estas acciones no tienen un sentido lógico, sino que son típicamente rituales y se realizan sin ningún otro objetivo que sí mismas. Además de este tipo de rituales cotidianos y, en apariencia, sin importancia, también existe un gran número de rituales importantísimos.

Nuestro sistema judicial descansa sobre la base de que los miembros de la sociedad creen en el viejo ritual de impartir justicia y lo reconocen. El carácter ritual de los juicios se manifiesta claramente en su severo procedimiento. El reglamento judicial es casi como las reglas de una orden religiosa, mientras que el atavío del juez, de los acusados y de los defensores son vestiduras rituales cargadas de significado. ¿Por qué otra razón llevaría un jurista adulto un vestido y una peluca, si no para servir al ritual de la Justicia? Al igual que el párroco, el juez debe cumplir las funciones de su cargo sin tomar en consideración su propia persona o la del inculgado. Mientras actúa en calidad de juez únicamente está subordinado a las reglas del ritual de justicia, y hasta el final del juicio debe olvidarse que es una persona con opiniones particulares. Si no lo consigue y se deja guiar por criterios no contemplados en los libros de leyes, se le aparta por ser considerado parcial en el asunto.

El cierre de cualquier contrato, es decir el reconocimiento consciente de unos principios mediante la firma de propia mano, cumple los criterios de un ritual. Por ejemplo no es posible poner el nombre mecanografiado o en un sello al final del escrito, aunque así sería más legible. En acuerdos de tipo político salta a la vista que su ratificación es una celebración de tipo ritual. También el trato entre las personas está sujeto a determinadas reglas rituales, que vistas en sí mismas y en su función no tienen sentido. Por ejemplo, ¿por qué nos saludamos con la mano derecha abierta y no con el puño izquierdo? Nuestra vida está regida por símbolos y señales, que van desde los colores de los vestidos hasta las señales de tráfico. Su validez se basa en la carga ritual que poseen, que hace que sean reconocidos y seguidos. Las reglas y las señales de tráfico no tienen en sí mismas ningún sentido, pero son respetadas por todos y así regulan las situaciones más complicadas. Los rituales no son lógicos, sino simbólicos, son modelos efectivos. Sin ellos la convivencia social sería imposible.

El problema estriba en que los rituales inconscientes no funcionan tan bien como los rituales conscientes, y que en las sociedades industriales domina una fuerte tendencia a ignorarlos. El significado de los ritos cada vez va perdiendo más terreno en nuestro consciente, sumergiéndose en la sombra. Como consecuencia, en la superficie social las formas sin contenido se pervierten convirtiéndose en meras costumbres, que por estar firmemente arraigadas en modelos antaño conscientes son muy difíciles de erradicar. Mucho después de que su significado original se haya olvidado por completo, las costumbres permanecen y siguen proporcionando un marco a la sociedad. Por lo general, los intentos por reformar la sociedad suprimiendo dichas costumbres fracasan porque están muy enraizadas. Recordemos con qué entusiasmo los revolucionarios franceses de 1789 intentaron, sin éxito, sustituir la semana de 7 días por un lapso de diez días, más lógico y productivo. El ritmo de siete días estaba demasiado arraigado en la realidad y sobrevivió a la revolución.

Incluso cuando ya no sabemos cuáles son las raíces continuamos siguiendo las reglas que de ellas emanan, permanecemos dentro del marco de seguridad que

nos brinda el modelo. El único peligro es que el aumento de la conciencia comporta una merma de la carga espiritual; si las reglas se cumplen sólo de manera mecánica, sin conciencia, terminan por diluirse. Cuando ya no se reconoce su significado nos parecen sin sentido, por lo que dejamos de interpretarlas e, inevitablemente, pierden importancia.

2. Rituales de paso

Las etapas de transición en la vida requieren rituales y en todas las épocas han existido. Mientras que las culturas arcaicas creían en la fuerza iniciática de los ritos de la pubertad, entre nosotros perdura su último vestigio, la confirmación, aunque considerablemente desvalorizado. Sin embargo, al no reconocerlos conscientemente degeneran hasta convertirse en costumbres que ya no cumplen su función. Para los jóvenes de hoy en día resulta muy duro el paso a la edad adulta, porque no disponen de rituales de paso conscientes que los introduzcan en el nuevo modelo del mundo de los adultos, que posee unas reglas y unos símbolos radicalmente distintos. Mientras que nosotros pensábamos estar salvándolos del horror de las supersticiones más oscuras, en realidad les estábamos privando de oportunidades de madurar. Por muy duros y crueles que fuesen los ritos pubertarios de las culturas arcaicas, consistentes por ejemplo en abandonar a los jóvenes durante días en la selva o en oscuras cuevas, en someterlos a sangrientas pruebas para demostrar su valor o en enfrentarlos a apariciones de espíritus para luchar contra el pánico, estaban dentro del campo de lo tolerable y les conducían al mundo de los adultos.

Puesto que no es posible realizar este paso sin rituales, los jóvenes actuales deben buscar sustitutos, por ejemplo fumar de manera casi ritual el primer cigarrillo con su grupo de amigos. Sabiendo perfectamente que aún no son adultos, osan disfrutar antes de tiempo de un privilegio reservado a los mayores y que para ellos aún está prohibido. Al romper este tabú buscan inconscientemente ganarse el acceso al nuevo modelo. Al igual que en los ritos pubertarios arcaicos, el miedo es un elemento siempre presente. Ese nuevo mundo es peligroso, tal como demuestran *las náuseas y la diarrea* que se sienten al fumar ese primer cigarrillo, y que por lo general asociamos con la sensación de miedo. Sin embargo, con valor y agresividad hacen frente a estas dificultades iniciales.

Otro importante ritual sustitutivo es el examen de conducir. Para ser miembro de una sociedad motorizada es preciso disponer del correspondiente carné que los acredite. Después de aprobar el examen en sí, empiezan las pruebas de valor en las carreteras; el número y el tipo de accidentes de automóvil que se sufren durante el año siguiente a conseguir el carné de conducir muestran que, sobre todo los jóvenes, eligen este camino para realizar su aprendizaje del miedo.

El problema que plantean estas acciones sustitutivas es que por falta de con-

ciencia y, especialmente, por no existir una mano adulta que les guíe, los jóvenes no encuentran seguridad en el mundo de los adultos. Así, quedan estancados en el ritual sustitutivo, se convierten en fumadores empedernidos, en locos al volante o en conductores suicidas, pero no se hacen adultos.

Antaño los jóvenes artesanos eran enviados a correr mundo y, hasta hace algunos años, muchas chicas trabajaban como *au-pair* en el extranjero para acumular experiencias y madurar. La sociedad aún era consciente de lo peligrosos que pueden ser los jóvenes ingenuos que no prueban sus armas en la vida. En la actualidad es habitual que los jóvenes permanezcan en sus casas, arropados por el amor paterno y, especialmente materno, legitimados por determinadas doctrinas de la reforma pedagógica. En esta situación las calles, aunque representen un peligro, son una vía de escape. Las películas de terror, cuyo gran éxito puede explicarse asimismo por el déficit de miedo, *pánico* y aventuras de los jóvenes, no son capaces de llenar el vacío, sino que simplemente lo ilustran.

3. Rituales de la medicina moderna

En épocas pasadas el inicio de la vida y el fin de la misma estaban marcados por un ritual de nacimiento y de muerte respectivamente. En la actualidad ambos acontecimientos se producen en las clínicas, que son auténticos baluartes de ritos inconscientes. Los rituales que dominan la medicina pueden ayudarnos a comprender el valor general de la ritualización en los procesos de curación, por lo que los estudiaremos con todo detenimiento.

Manteniendo los ojos bien abiertos en las clínicas modernas se descubre una cantidad pasmosa de sortilegios que no tienen nada que envidiar a los de los brujos. En tiempos arcaicos, cuando los pacientes se ponían en manos del hechicero, debían confiar ciegamente en él, perdían toda capacidad de decisión, entregándose al poder divino o al del chamán como su representante. Actualmente ponemos en escena de manera aún más aparatosa un efecto similar. El paciente de hoy en día también debe abandonar su derecho de decisión a la puerta de la clínica, que sigue siendo un lugar importantísimo ya que representa el umbral al otro mundo, tal como lo eran las puertas de los templos antiguos. El mundo que comienza tras la puerta causa temor por su complejidad y por la enfermedad que en él reina. Es frecuente que el paciente se sienta angustiado por todas las cosas que se le vienen encima y que no puede comprender. Probablemente las personas que acudían al templo de Asclepio en Antigüedad lo hacían embargados por una sensación similar, aunque eran más conscientes.

Después de registrar al paciente siguiendo un estricto procedimiento es conducido lo más rápidamente posible a la cama. Aunque la persona se sienta perfectamente y haya ingresado para someterse a una exploración o a una operación, en el hospital todos los pacientes deben estar tumbados. La cabeza, que representa el

centro de mando, no puede llevarse erguida, sino que debe *descansar*. De este modo se asegura al mismo tiempo que, al menos físicamente, el paciente está a los pies de los médicos y se pone de manifiesto que durante el tratamiento está a un nivel inferior a éstos. El enfermo apenas puede opinar y mucho menos tomar decisiones; tanto en la forma como en el contenido se convierte rápidamente en paciente (recordemos que la primer acepción de la palabra es: «quien tiene paciencia»). Por si fuera poco, las enfermeras le obligan a desvestirse y a meterse en la cama, es decir que ya no puede decidir cuándo se va a la cama y cuándo se levanta. Poco a poco se rebaja el grado de responsabilidad del paciente al de un niño. En la mayoría de clínicas hay que compartir la habitación, algo que recuerda asimismo la época de infancia. Esto tiene el efecto añadido de que la enfermera dice cuándo hay que dormir, naturalmente para el bien de los «queridos niños». Es preciso apagar la luz y cerrar los ojos. Al día siguiente, tras lavarse por orden de la enfermera, los pacientes desayunan, pero no lo que a ellos les apetece sino lo que otros creen que es más conveniente. Y si no se lo terminan todo son suavemente reprendidos con palabras y miradas reprobadoras. Algunas enfermeras exageran aún más esta situación al caer inconscientemente en una especie de media lengua para bebés. Sin duda su intención es buena, aunque tiene el efecto de poner a los pacientes en su lugar.

Por lo tanto, se celebra un complejo ritual con el objetivo de rebajar a las personas a la categoría de pacientes, muy similar a la categoría de niños. Este proceso es acelerado por gran cantidad de pequeños detalles: si los pacientes quieren pasear, deben hacerlo en pijama, camisón o albornoz, y no como es propio de adultos. Naturalmente es imposible que estén lo suficientemente sanos como para recibir de pie la visita de los médicos, sino que deben tumbarse en la cama y esperar pacientemente las palabras de esos semidioses. Lo cierto es que éstos deciden prácticamente todo acerca del destino del paciente, al cual sólo le comunican los resultados. Cuando los médicos están de consulta utilizan una lengua secreta apenas inteligible, comparando curvas, gráficos y resultados de mediciones.

La visita de los médicos al lecho del enfermo se desarrolla siguiendo estrictas reglas rituales. Por lo general es una exaltación de la jerarquía. La palabra jerarquía significaba originalmente en griego «dominio de los dioses». Por lo tanto, el médico jefe, que ocupa el lugar más alto en la jerarquía, manda y ordena como un sacerdote del culto al sol. Las libertades que los enfermos pueden permitirse con las simples enfermeras, que al fin y al cabo representan al pueblo llano, son impensables con él. El médico jefe da la impresión de saberlo todo y no tiene por qué justificar nada. Es probable que a algunos pacientes les recuerde la figura de un padre estricto, el cabeza de familia, y si no sienten por él un respeto y una deferencia espontáneos, se imponen a la fuerza. Los intentos realizados en esta época democrática por eliminar las jerarquías han topado con una fuerte resistencia, especialmente en la medicina.

El ritual de regresión, cuidadosamente planificado, también tiene aspectos

cia a la cofradía de los iniciados, descifra la receta¹⁶ en un abrir y cerrar de ojos y pone sobre el mostrador las gotas o las pastillas que harán el milagro. El modelo es tan viejo como efectivo.

En el centro de toda esta magia los médicos gozan de una posición de privilegio que es respetada por todos y a la que se atribuye una importancia decisiva. Aunque Dios es el único que decide sobre la vida y la muerte, el gremio de los médicos ha conseguido aproximarse a la figura divina. Si pasamos revista a todos los rasgos que caracterizan exteriormente al chamán, nos damos cuenta de que los médicos también los poseen. Ambos llevan una indumentaria muy especial, y no sólo en lo referente a los colores. Las diferencias en la jerarquía se expresan incluso en el corte de las batas. Aunque en la actualidad las enfermeras ya no están obligadas a llevar cofias, pobre de la que se atreva a ponerse una bata de cuello alto, usurpando así un privilegio reservado a los médicos. Los chamanes acostumbran a llevar amuletos a los que se atribuyen fuerza curativa, en su lugar los médicos llevan estetoscopios que, cuando se presenta la ocasión, *imponen* sobre el corazón del paciente u otros puntos vitales. Frecuentemente los chamanes utilizan un lenguaje totalmente ininteligible para los no iniciados y realizan acciones rituales cuyo significado último sólo ellos conocen. Los médicos modernos no tienen nada que envidiarles en estos dos aspectos. Por lo general, la dignidad del curandero se manifiesta en un comportamiento caracterizado por su desprecio hacia las cuestiones mundanas. Los médicos pueden permitirse hacer esperar a sus pacientes y, debido a la jerarquía, tratarlos como a sus inferiores. Naturalmente, ellos no se mezclan en los asuntos materiales, sino que otros recogen en su nombre los frutos de su trabajo. Los médicos continúan haciendo un uso considerable de estas posibilidades, especialmente frente a los pacientes y sus seguros médicos así como las empresas farmacéuticas dispuestas a colaborar. Y como siempre ha sido, tienen ayudantes que se encargan de realizar esta poco digna tarea.¹⁷ Recordemos que los curanderos se rodean asimismo de signos mágicos para ganarse el respeto de los no iniciados, impresionarlos o incluso infundirles miedo. En este contexto cabe mencionar el que ha sido el referente histórico de los médicos, la serpiente o más concretamente el áspid que se enrosca peligrosamente en la vara de Esculapio. Esculapio, el patrón de los médicos, dominaba la serpiente y su mundo, que representa la polaridad. El verdadero sanador se distingue por su irradiación, simbolizada de manera patente por un halo alrededor de la cabeza. En este sentido los médicos tienen que conformarse con un pobre sustituto, aunque llama la atención que el prototipo de médico se represente habitualmente como un otorrinolaringólogo con oftalmoscopio, un objeto que al menos tiene forma de corona y en la parte anterior, que va sobre la frente, lleva un

16. Jurídicamente, la receta es realmente un documento. Si alguna persona no autorizada realiza modificaciones se expone a ser acusada de falsificación de documentos.

17. Cuando los médicos se ven obligados a rellenar ellos mismos los formularios de los seguros médicos, creen que es una tarea humillante, tediosa y que no les corresponde.

espejo, un resplandeciente símbolo solar, que aparte de atraer los rayos de luz, atrae la atención de los no iniciados.

Esta descripción no exenta de ironía hacia todo lo que rodea la figura del médico, desde el supuesto halo hasta el certificado de baja, puede despertar la impresión de que se trata de reliquias anticuadas que demuestran el ansia de poder de los médicos o su megalomanía. No obstante, este juicio equivaldría a ver sólo una cara de la medalla; la otra es que es el modelo central de una medicina que ni siquiera ella misma sabe por qué sigue siendo válido.

La enfermedad siempre significa regresión y coloca automáticamente a las personas en una posición de desvalimiento y de impotencia. La postura horizontal del cuerpo pone en su justo lugar algunas cosas que estaban trocadas: no tenemos la vida a nuestros pies, sino a la inversa. La actitud de humildad juntamente con la tranquilidad recobrada y la obligación de someterse al modelo de «que se haga tu voluntad» tiene un efecto curativo. Por lo tanto, la enfermedad nos ofrece la oportunidad de tomarnos unas vacaciones y abandonar la fatigosa actitud humana, que podría definirse como «que se haga mi voluntad». Cuanto más conscientemente se acepte el desvalimiento y la consiguiente humildad, tanto más efectivo es el ritual de curación.

Por este motivo todos los intentos, por bienintencionados que sean, para que el paciente esté en igualdad de derechos y recobre su capacidad decisoria, son contraproducentes comparados con la pauta realmente sanadora. Esto se pone claramente de manifiesto en las clínicas privadas, que no consiguen mejores resultados por dar un mejor trato a sus exclusivos enfermos. Se trata justamente de evitar que el paciente, en su situación de enfermo, siga ejerciendo el mismo poder y tenga las mismas pretensiones que cuando estaba sano. Lo que necesita es tomar conciencia de que se encuentra en una situación de desvalimiento fundamental, a lo que le ayudan incluso los modernos e inconscientes rituales de los centros médicos.

Lo que realmente pone en peligro sus oportunidades de curación no es la organización jerárquica de la clínica o la glorificación de la figura del médico, sino las fantasías de omnipotencia de los facultativos, que cierran los ojos a la realidad y hacen creer que ellos lo tienen todo bajo control. En realidad, estos médicos, por mucho que contribuyan a edificar la torre de la Medicina, nunca han conocido lo sagrado, la verdadera cima de la jerarquía. Aunque ahora construyan con marfil, más pronto o más tarde les alcanzará el mismo destino que a sus afanosos predecesores, los constructores de la Torre de Babel.

Pese a la desconfianza con la que los médicos de mentalidad científica contemplan el efecto placebo,¹⁸ y con mayor razón aún la «droga Sr. Doctor», ambos son

18. El efecto placebo es un efecto terapéutico esencial que no es producido por el fármaco suministrado sino por sugestión, es decir por el ritual de la prescripción del medicamento por parte del médico. Está demostrado que este efecto se produce incluso con sustancias químicas muy fuertes, pudiéndose reemplazar drogas como la morfina mediante placebos administrados a intervalos convenientes.

elementos esenciales del moderno ritual de la medicina. Cuanto más reconozcan los pacientes, al menos de manera simbólica, la soberanía de lo sagrado en la jerarquía, tanto mayores son sus posibilidades de curación. En este caso el médico es la superficie sobre la que se proyecta el anhelo de guía y consejo de la instancia superior. Una medicina que no integre a Dios o al principio de la unidad, necesitará siempre dioses sustitutivos para poder sanar. El semidiós de la bata blanca es sólo una caricatura, pero en cualquier caso, es mejor eso que nada. Ni siquiera la medicina científica, que intenta actuar de manera objetiva sin dejarse influir por los imponderables del alma, puede prescindir de Dios, aunque ella lo llama «ciencia». Por lo tanto, para los *fieles* de la ciencia la creencia en una medicina omnipotente e infalible les ofrece una oportunidad de curación. Por el contrario, la duda permanente propia de la religión de la ciencia excluye prácticamente cualquier posibilidad de sanación.

4. Rituales de la medicina antigua

La medicina practicada en la Antigüedad muestra hasta qué punto son eficaces en el ámbito médico los campos formados a partir de rituales. Los hospitales de antaño eran los templos del dios Asclepio, adónde acudían desde todas partes los enfermos y las personas que necesitaban auxilio. A su llegada eran aleccionados por los servidores del templo en los rituales preliminares del recogimiento y la purificación. No se practicaba una medicina tal como nosotros la entendemos; no se realizaban operaciones ni se administraban medicamentos efectivos desde el punto de vista actual. De los campos que conocemos, únicamente desempeñaban un cierto papel la higiene y la dietética aunque en aquel tiempo estos términos eran mucho más amplios que en la actualidad.

El centro de ese tipo de medicina era el templo de Asclepio, en tanto que espacio físico. A través de muchos rituales se creaba allí un campo en el que podían producirse sanaciones. Durante semanas se preparaba al paciente para ser sometido en la noche decisiva de su estancia en el templo a la llamada «incubación», el sueño en el templo. En esa noche en especial el enfermo pernoctaba en un lugar determinado del templo, preparado con una luz adecuada y esencias aromáticas. El proceso de curación se producía durante el sueño, según las palabras «en sueños otorga el Señor a cada uno lo suyo». El paciente soñaba en la solución a su problema, ya fuera directamente en imágenes o se le aparecía Asclepio, el cual le indicaba el camino a seguir.

Para nosotros esto puede sonar un poco ingenuo, aunque no deberíamos olvidar que esa medicina lograba buenos resultados y que realmente sanaba. La psicología moderna diría que se creaba un espacio en el que la solución podía emerger del inconsciente. Si otorgamos al término sanación un sentido más amplio y profundo, no entendiendo sólo reparación, la medicina de la Antigüedad no des-

merece frente a la medicina actual. Al contrario, tenía conciencia de una serie de procesos que nosotros estamos empezando a redescubrir ahora. A medida que aprendemos a tomar conciencia de los campos que nos gobiernan y cómo actuar con ellos, aumenta nuestro respeto por la medicina antigua. Dicha medicina se basaba en el conocimiento de los rituales.

Existen muchos indicios que apuntan a que los campos morfogenéticos son las estructuras en las que realmente se desarrollan los procesos, y también las curaciones. Incluso el proceso más importante, la evolución, puede explicarse de esta manera. Los campos proporcionan el marco en el que el desarrollo avanza cuidadosamente. No obstante, del mismo modo que no cualquier cuadro encaja en cualquier marco, no todo es posible en la evolución sino sólo aquello que encaja en un marco ya existente. Por consiguiente la sanación, en sentido de restablecimiento completo, no es posible en todos los casos, sino únicamente cuando la naturaleza de la persona afectada lo permite o cuando ya está *previsto* en su pauta.¹⁹ Por el contrario, la sanación en el sentido de liberación de la propia pauta siempre es posible.

5. Enfermedad y pautas

Los cuadros patológicos representan campos. A cada síntoma no le corresponde sólo su forma corporal sino también un entorno formado por pautas de comportamiento y estrategias para (sobre)vivir. En todo cuadro patológico existe una determinada cantidad de energía que se concentra formando una estructura fija, que está profundamente grabada en el inconsciente en forma de pauta. Lo único que aflora a la superficie consciente es el aspecto de la forma, que podríamos comparar con la punta de un iceberg. Este hecho puede ilustrarse perfectamente tomando como ejemplo las adicciones. El auténtico problema no son los síntomas corporales, que desaparecen en el plazo de unos pocos días de abstinencia, sino la pauta profundamente arraigada de la que los adictos no pueden liberarse. Por buenas que sean las intenciones terapéuticas, si no profundizan hasta la pauta subyacente no tendrán ningún efecto duradero. Es únicamente una cuestión de tiempo hasta que dicha pauta vuelva a enganchar a los adictos. Por tanto, es de gran importancia que los afectados sean conscientes de que esa pauta es inmutable, y que su única oportunidad es modificar su modo de vida.

El campo formativo del cuadro patológico se alimenta de la pauta subyacente. Dicha pauta podría compararse con un marco, en el que algunos cuadros encajan y otros no. El marco determina el principio que puede expresarse en su campo. Por

19. Así podría explicarse asimismo la considerable amplitud de toda profecía. Probablemente, en cualquier caso es mejor ver la pauta o el marco, aunque cómo se llena concretamente es cuestión de tiempo. En consecuencia puede predecirse pero no de manera exacta.

ejemplo, en un determinado suelo pueden crecer diferentes variedades de plantas, pero no todas. Espárragos, y palmeras necesitan un suelo arenoso, mientras que los abetos y los pinos prefieren otro tipo de suelo. Todas las plantas que prosperan en un suelo determinado deben reflejar su principio fundamental, que en el caso de la arena es la frugalidad.

Trasladado al tema de las enfermedades esto significa que una problemática fundamental, por ejemplo un problema de agresividad, establece el marco correspondiente en el nivel de las pautas. En la superficie puede dar lugar a manifestaciones muy diversas, por ejemplo alergias, hipertensión, cálculos biliares o morirse las uñas, pero esto describe únicamente el nivel corporal en la superficie. En el plano del comportamiento la misma pauta puede expresarse de formas muy distintas: frecuentes accesos de ira, una actitud enérgica frente a los propios instintos o una aproximación ofensiva a los temas que quedan en la sombra. Asimismo en el plano psíquico dicha pauta podría traducirse en distintas formas: fantasías agresivas de tipo sexual, pensamiento radical en general cuyas raíces se dirigen hacia un ámbito principalmente oscuro. En el plano espiritual podríamos hablar de sentimientos de agresividad dirigidos contra uno mismo, fantasías autodestructivas o depresiones, así como una radical vida emocional y de sensaciones.

En cada plano existen vehículos de expresión muy diversos, aunque todos ellos deben encajar en el marco de las posibilidades prefijadas por la pauta básica. Al estudiar más detalladamente dicha pauta subyacente se descubre cuál es la problemática. Por ejemplo, si se trata de agresividad que se «inflama» frente a los temas «sucios» de la vida, lo más probable es que aparezca una alergia. No obstante, también aquí las posibilidades son múltiples, cosa que se refleja en el gran número de alérgenos y en su rico simbolismo.

Nuestra vida está regida por pautas que fijan las condiciones marco. Según las teorías esotéricas, nacemos con ellas para que las vivamos a lo largo de nuestra vida. En último término conocerse a sí mismo es tomar conciencia de las pautas, y la autorrealización su aceptación y liberación. Por tanto el campo de trabajo de la autorrealización abarca los planos superficiales, el cuerpo y el comportamiento, así como la esencia de uno mismo, el núcleo de divinidad en nuestro interior. Si estamos atrapados por pautas inconscientes, tenemos bloqueado el camino hacia nuestro propio Yo.

El camino sugerido en *La enfermedad como camino* empieza en la superficie y a partir de los cuadros sintomáticos que pueden verse y notarse infiere estructuras psíquicas profundas. Otro camino de acceso a las pautas, en la actualidad generalmente aceptado, es la genética.²⁰ El código genético del ADN contiene toda la información sobre nosotros, no sólo el marco de condiciones corporales sino también las de nuestro comportamiento. Por tanto, en él deberían hallarse asimismo

20. Si hace 100 años alguien hubiera afirmado que cada célula que, por ejemplo, se desprende de una callosidad en el pulgar contiene toda la información sobre el individuo, se le hubiera tomado por loco.

sino que en él reinan la sincronicidad y la analogía, tal como ponen en evidencia los sueños.

No hace tampoco tanto tiempo que todas las personas participaban de esta comprensión «psíquica» del mundo, pero incluso el pequeño sector de la humanidad que ha abandonado esta imagen del mundo, sector al que nosotros pertenecemos, conserva aún de manera intuitiva y secreta profundas raíces que lo vinculan a esa antigua imagen y que son más fuertes de lo que está dispuesto a admitir. El simbolismo ancestral sigue vivo. Quizá nos avergonzamos de ello y lo ponemos en la picota, tachándolo de prejuicio y superstición, pero seguimos aferrándonos a él. Prácticamente ninguno de los periódicos más importantes puede permitirse eliminar los horóscopos, que son leídos por muchas personas que nunca lo confesarían.²⁴ Aún seguimos acudiendo a los funerales vestidos de negro, aunque no haya ninguna razón lógica para ello; el color que simboliza la ira es el rojo, y no el amarillo, por ejemplo. Cuando no nos queda esperanza lo vemos todo negro y para expresar que creemos que alguien está chiflado, nos llevamos el dedo índice a la sien imprimiendo a la mano un movimiento circular, y no se nos ocurre llevarnos el dedo a la rodilla, pongamos por caso. La rodilla simboliza la humildad y no las ideas un poco locas. La tozudez la simbolizamos en el cuello del toro, mientras que el cuello de cisne representa la elegancia y arrogancia. Éstas y otras muchas relaciones nos son totalmente naturales, aunque en realidad no tienen ninguna explicación causal. Carecen de gran parte de lógica, aunque no de toda, y se basan en la analogía.

Los cuadros patológicos son expresión de pautas que están firme y profundamente arraigadas en la matriz de la realidad y se vehiculan en las pautas de los principios elementales así como en las relaciones de éstos entre sí. Por tanto, si queremos influir de manera permanente en los cuadros patológicos, no podemos limitarnos a efectuar simples modificaciones cosméticas superficiales. Además, un cuadro nunca puede suprimirse sin más, sin proporcionar un reemplazo, puesto que la pauta subyacente nunca desaparece. Lo único que puede hacerse es intercambiar los cuadros patológicos dentro de sus respectivos marcos. El peligro de la medicina alopática o convencional así como del pensamiento positivo estriba en cubrir a nivel superficial una pauta profunda únicamente con sustancias químicas o afirmaciones bienintencionadas.

La verdadera sanación exige que se ofrezca una alternativa dentro del marco de la pauta ya existente. Si nos limitamos a *oponernos*, conseguiremos un alivio a corto plazo, pero a la larga el problema se irá agudizando. La lucha hace involuntariamente al enemigo aún más fuerte, por lo que cada vez deben erigirse muros más altos para contenerlo. Por ejemplo, si se combate una erupción cutánea

24. El hecho de que tantas personas no confiesen su apego a la antigua imagen análoga del mundo no supone que sus mensajes desaparezcan. Lo preocupante es que se convierten en mensajes superficiales y banales, por ejemplo en horóscopos ilustrados.

con cortisona, la afección desaparecerá como por arte de magia pero la correspondiente energía será desviada hacia órganos más profundos, especialmente hacia los pulmones, que son importantes órganos de contacto junto con la piel. Cuanto más luchemos contra la erupción a nivel cutáneo tanto más crece el potencial de enfermedad en el nivel profundo, así como con las medidas defensivas. En principio ocurre algo parecido cuando se intenta combatir la tristeza con palabras alegres; la capa superficial formada por las llamadas afirmaciones positivas no hace sino aumentar el potencial depresivo. Tras una breve mejoría, que suele interpretarse erróneamente como curación, el conflicto reprimido vuelve a aparecer en otro lugar.

En efecto, los síntomas de una enfermedad pueden intercambiarse con contenidos psíquicos o pautas de comportamiento, pero desde el punto de vista de los principios elementales deben corresponderse, es decir las alternativas no deben provenir del polo opuesto sino de la misma cadena simbólica. En el aspecto de su patrón básico deben ser lo más similares posibles, o dicho de otra manera, deben ser homeopáticos. Por lo tanto, a fin de poder desviar la energía a otro campo de imagen, aunque sea equivalente, es necesario comprender los cuadros patológicos.

Puesto que todo cuadro patológico en realidad «sana» a la persona afectada, ésta no puede prescindir o modificar ninguno de ellos a voluntad. Sin su síntoma el paciente está enfermo y no posee equilibrio. Si se le aplica un tratamiento alopático, es decir con su opuesto, el resultado es que vuelve a perder el equilibrio que había recuperado con ayuda de la patología.

Ilustremos lo dicho con un ejemplo: los obesos depresivos* desarrollan un síntoma que tiene por finalidad mantener su equilibrio. Visto globalmente, es preferible que esos kilos de más le proporcionen una especie de escudo protector frente a un mundo que le es hostil y que encuentre en la comida un paliativo a su insatisfacción, a que, por ejemplo, cometa suicidio por no poder superar sus penas de amor. Si a estos pacientes se les aconseja alopáticamente un régimen radical, se está poniendo en peligro su equilibrio. El paciente puede perder su escudo aislante sin recibir a cambio otro escudo protector ni otro paliativo para su insatisfacción. Y, sobre todo, no recibe lo que más necesita: amor. Está claro que el tipo de amor que puede procurarse de manera tan evidente y exclusiva a través del estómago no es la solución ideal, pero al menos es un intento de asumir el conflicto. Las golosinas y otros «deliciosos bocados» no le proporcionan el afecto que el paciente realmente necesita, pero es un tipo de afecto, mientras que un régimen estricto no le ayudaría en nada a resolver su problema.

En este caso, un tratamiento homeopático podría consistir en ofrecer al paciente algo similar a la comida como sustitutivo. En el plano psíquico sería, naturalmente, amor con todas sus correspondencias en el sentido de la satisfacción de los sentidos. Por tanto, se trataría de que el paciente volviera a encontrar algo, o aún mejor a alguien, que colmara de algún modo su necesidad de amor. Es preferible que aprenda a tomar conciencia de su gula y a gozar realmente comiendo que no

la renuncia total. El hecho de atracarse inconsciente o semiconscientemente de golosinas es sólo una manera de asumir el tema, aunque se haga de manera un poco torpe. La mejor solución sería aprender a amarse a sí mismo.

El ser humano nace con su esquema, que está compuesto por distintas pautas subyacentes. Dicho esquema se refleja en el patrimonio genético, en los arquetipos, en el horóscopo, en los cuadros patológicos o en otros niveles de proyección. A lo largo de la vida el esquema se va actualizando en sus distintos aspectos; nadie puede sustraerse a él, sino que debe cumplirse, es decir ser llenado con vida. En el caso de que las experiencias vitales o la terapia nos descubran partes de nuestra estructura y las hayamos explorado, es posible encontrar alternativas a su *consumación*. Este intercambio que tiene lugar en los planos verticales es la oportunidad que brinda la filosofía de *La enfermedad como camino*.

Los cuadros patológicos surgen cuando temas psíquico-espirituales se desplazan desde el plano consciente al cuerpo. Y a la inversa, a partir de cuadros patológicos es posible filtrar de nuevo dichos temas. El paso hacia las imágenes puras de los principios elementales facilita ulteriores pasos hacia otros planos de representación de dicho principio. Es lo mismo que ocurre con el aprendizaje de un idioma; si alguien desea aprender italiano, español y francés, lo más sencillo es empezar aprendiendo latín. Partiendo de esta base común todos los demás pasos son más fáciles.

Pongamos un ejemplo de recomendación terapéutica basada en los principios elementales: si una persona tiene arenilla en el riñón la solución podría pasar, por ejemplo, por un trabajo constante en la relación de pareja. Los riñones, al igual que la pareja, están sometidos al principio de Venus, mientras que la arenilla o las piedras dependen del principio de Saturno, al que también pertenece el trabajo constante. La arenilla renal simboliza en el nivel corporal la presencia de arena en el engranaje de la pareja. Los afectados deben enfrentarse con los dos principios que se han manifestado corporalmente, y únicamente puede elegir el plano en el que hacerlo.

Las propuestas de terapia que se desprenden de este tipo de pensamiento suponen un reto, ya que hacen aflorar de nuevo a la superficie del consciente un principio poco agradable, que justamente por eso ha sido relegado. Después de todo, si alguien no se opone a un tema no tiene necesidad de arrinconarlo en la sombra, pero si el tema se encarna en forma de problema, sus correspondencias psíquicas también le resultarán desagradables. De no ser así hay que proceder con cautela, ya que sería un indicio de que dichas correspondencias no son correctas.

Los principios elementales facilitan asimismo la tarea de asignar un significado e interpretar los distintos órganos y regiones del cuerpo. Que el cuello está relacionado con la adquisición de bienes es fácil deducirlo a partir de su función, así como que la rodilla está vinculada a la humildad, por la acción de hincar la rodilla y arrodillarse. No obstante, para saber que los riñones tienen que ver con la pareja es ne-

cesario conocer los principios elementales. También podría deducirse a partir de la función renal, pero para ello deberían poseerse conocimientos médicos.

7. La enfermedad como ritual

La enfermedad no es más que la manifestación problemática de una pauta. De este modo el paciente se ve obligado a vivir la pauta que le desagrade y que se niega a aceptar conscientemente. La vivencia consciente de una pauta es un ritual. Por tanto, una enfermedad es un ritual inconsciente, es decir sumergido en la sombra, y el primer paso para la sanación es hacer aflorar de nuevo dicho ritual en el consciente. Para ello resulta de gran ayuda hacer de manera consciente y voluntaria aquello a lo que, de todos modos, el cuadro patológico nos impele. Por ejemplo, si hablamos de un obeso depresivo se trataría de comer *conscientemente*. El placer derivado de la ingestión de las golosinas o de cualquier otra cosa que agrade produce una determinada sensación. Así podría crearse un ritual de comida divertido y placentero. Lo importante es no dejarse invadir por los remordimientos, ya que éstos proceden del polo alopático y en este caso únicamente serían perjudiciales.

Si en lugar de saciarse con mala conciencia se desarrollan rituales de comida conscientes, la presión que ejerce el síntoma se reduce considerablemente. Por una parte, si se saborea conscientemente la comida se reduce la cantidad de alimentos que la persona se siente impelida a ingerir y, por otra parte, se aceptan mejor los inevitables michelines, ya que se es consciente de lo que se ha recibido a cambio. Una vez la persona se sumerge en la cadena del placer se le presentan por sí solas otras fuentes de satisfacción. En el reino de Venus, al que pertenece el placer de la comida, hay muchas otras posibilidades. El placer obtenido a través de los demás sentidos sirve para aliviar al sobrecargado estómago, sin ser necesario abandonar el tema de la sensualidad. El goce que proporcionan los sentidos de la vista, el oído, el olfato y el tacto cumple más o menos la misma pauta. El tacto, por ser la piel órgano venusiano, es el sentido más afín al gusto, por lo que el goce sensual a través de la piel sería la mejor alternativa a la ingestión desproporcionada de alimentos. Los besos son un buen sustituto de la costumbre de chupar caramelos, ya que en este caso el placer procede de la misma mucosa. La caricias transmiten la sensación de estar experimentando algo agradable, del mismo modo que después de una buena comida nos acariciamos satisfechos el vientre.

El primer paso consiste en convertir la pauta inconsciente del cuadro patológico en un ritual consciente. El siguiente paso sería pasar de los planos del esfuerzo a planos de resolución más prometedores. Este proceso será tanto más fácil cuanto mejor se ajuste a la pauta, es decir al correspondiente principio elemental. No es posible modificar la pauta, pero sí el plano en la que se **realiza** y se **resuelve**.

Entre ambos términos existe una diferencia abismal. La realización significa sobre todo esfuerzo, mientras que la resolución tiene la ventaja de tener la solución a

su lado. En el ejemplo anterior, el de los obesos depresivos, la realización podría consistir en someterse a un programa de masajes, que a fin de cumplir las exigencias del principio de Venus no deberían ser ni fatigosos o dolorosos sino agradables. Por su parte, la resolución e incluso la solución del problema podría ser el amor, que abarca el cuerpo, el alma y la mente.

Las resoluciones no tienen un fin determinado, no aspiran a lograr algo sino que surgen de una necesidad interior y afectan al individuo en su totalidad. Además cumplen el principio de manera amplia y fundamental. La realización consciente entraña el peligro de cubrir solamente algunos aspectos; el masaje, al igual que el comer golosinas, afecta únicamente al plano del placer corporal. Por su parte, la realización inconsciente puede abarcar a la persona en su totalidad, pero abordará el tema de manera menos profunda.

Si un individuo tiene un problema con el principio elemental Marte, del que no es consciente, podría liberarse de su agresividad, por ejemplo, animando a su equipo en el campo hasta desgañitarse. Pero por mucho que chille, poniendo en ello todo su empeño, no podrá resolver el problema. Por el contrario, si alguien trabaja conscientemente en su problema tiene la ventaja de conocerlo. Por ejemplo, resulta una buena idea practicar artes marciales para encontrar una vía de escape a la agresividad, aunque existe el riesgo de que poner en ello el cuerpo, pero no el alma. Una resolución consistiría en decidirse a *tomar las riendas* de su vida, *plantar cara* con valor a los problemas y vivir conforme a ello.

El ritual requiere concienciación en todos los planos afectados, siendo además tanto más efectivo cuantos más planos incluya. De ello se deduce la escasa eficacia que suelen tener las enfermedades como resolución de un tema.²⁵ Por lo general, los síntomas conducen únicamente a la realización, ya que falta la conciencia psíquico-espiritual. Pero si ésta se integra en el síntoma, transformando la sintomatología de la enfermedad en un ritual consciente que abarque todos los planos, aumentan las probabilidades de resolver el tema.

Ésta es también la clave para convertir los intentos de realización en resoluciones. En el ejemplo anterior sería posible practicar un deporte de lucha de manera tan consciente que interviniera asimismo el alma y el espíritu, convirtiéndose en un arte marcial cuya filosofía comprenda la vida en su totalidad, desde la superficie hasta las raíces. De este modo se produciría espontáneamente una actitud sincera frente al tema «agresividad», de modo que la energía de Marte *abriera nuevos horizontes* en otros ámbitos de la vida y permitiera así a la persona vivir con coraje. Cuando los cuadros patológicos son un estímulo para dar a la vida carácter ritual, no sólo contribuyen al conocimiento de uno mismo sino también a la autorrealización, por lo que el objetivo del camino de desarrollo es convertir la vida en su totalidad en un ritual consciente.

25. La única excepción son los niños, que por su aproximación intuitiva a las imágenes y los símbolos de su alma pueden aprovechar las típicas enfermedades infantiles para realizar impresionantes progresos en su desarrollo.

Cada persona posee su propio cuento, tanto si sueña consciente o inconscientemente en sus imágenes. Poner al descubierto este cuento puede ser de gran ayuda en el camino que conduce a la interpretación de la pauta de la enfermedad, así como para percibir el significado de la pauta global de la existencia. Además, los cuentos permiten comprender el modelo estratificado de las pautas. Los cuentos de príncipes y de encantamientos, por ejemplo los recopilados por los hermanos Grimm, constituyen en esencia un modelo a gran escala del camino del alma hacia la perfección. El héroe debe abandonar el hogar, en ocasiones huyendo de una terrible madrastra o de la miseria. Seguidamente debe superar las pruebas que se le van presentando hasta encontrar, finalmente, su media naranja con la que se une en una «boda alquímica»²⁶ y alcanza la inmortalidad. Éste es el modelo que siguen la mayoría de cuentos, reflejo a su vez del camino espiritual que deben recorrer todas las personas. El significado de la gran cantidad de cuentos radica en la gran cantidad de diferentes arquetipos individuales que se superponen al modelo básico y que representan trayectorias vitales personales.

3. El camino del conocimiento a través del polo opuesto

El tratamiento a través del polo opuesto, tal como se intenta hacer en la medicina alopática, puede hacer ganar tiempo a corto plazo, pero a la larga no conduce a la solución de la problemática. No obstante, cuando se trata de interpretar puede resultar útil desviar la atención hacia el polo opuesto, es decir al otro extremo. La distancia que separa a los opuestos es menor de lo que nos permite apreciar nuestro método habitual de observación. Una vez más la sabiduría popular puede aportarnos algunas pistas, por ejemplo se dice que los «psiquiatras están para que los encierren» mientras que en el ideal burgués deberían ser justamente las personas psíquicamente más sanas. Pero si tenemos en cuenta que un psiquiatra es alguien que elige voluntariamente pasarse media vida en un manicomio, quizás el dicho popular no ande tan desencaminado. Es preciso sentir una gran fascinación por explorar todos los recovecos del alma para elegir esta profesión. La pregunta que surge es: ¿de dónde puede provenir ese interés si no es que uno mismo está afectado? No se trata de una dificultad sino de la auténtica garantía de la capacidad del psiquiatra para ponerse en la piel de sus pacientes.

Por eso no es de extrañar que algunos psiquiatras presenten rasgos hipocondriacos. Se pasan voluntariamente gran parte de su vida en el hospital o en la consulta, y lo hacen por las mismas razones que las demás personas: porque temen caer enfermos y morir. Es una gran suerte que el deseo de eliminar la enfermedad

26. En el esoterismo, la boda alquímica define la unión de los opuestos y a menudo se representa a través de la conjunción del sol (el principio masculino) y la luna (el principio femenino).

de este mundo y, sobre todo, la propia enfermedad, despierte la vocación de ejercer la medicina. Gracias a ello no existe el peligro de perder el entusiasmo ni siquiera en circunstancias difíciles.

En otras profesiones se observa asimismo esta asombrosa correspondencia entre posiciones en apariencia irreconciliables. Si los policías no pensarán de modo parecido a los delincuentes, ¿podrían acaso atraparlos?, o si el misionero hubiera hallado a Dios en su corazón, ¿mostraría el mismo afán por inculcarlo en los demás a cualquier precio? En lo más profundo de su corazón no cree, por lo que intenta convertirse a sí mismo convirtiendo a los demás.

En lo que respecta a los cuadros patológicos, las posiciones opuestas son asimismo similares; las dos giran alrededor del mismo tema, de igual modo que el policía y el delincuente. Los pacientes que sufren estreñimiento y diarrea intentan resolver a través de los intestinos la dialéctica soltar (avaricia) - retener (despilfarro). Si uno es hipertenso,* los pacientes hipotensos podrían explicarle mucho sobre su problema. En ambos casos la pregunta central es qué espacio corresponde a la propia energía vital.

Aún resulta más evidente, y en este caso enconado, la dialéctica en el tema de alcohólicos y abstemios.²⁷ Mientras que unos beben alcohol de manera compulsiva, los otros están dispuestos a flagelar a todos aquellos que lo hagan. Las vidas de ambos giran en torno al mismo tema: el alcohol. En lo que se refiere a la salud psíquico-espiritual, el abstemio corre un peligro similar al alcohólico. Éste suele echar a los demás la culpa de su propia miseria, pero en general aún posee cierta conciencia sobre lo malsano de su situación. Sin embargo, el abstemio se lo pone más difícil a él mismo y a su entorno; normalmente está tan metido en la proyección, está tan absolutamente convencido de que la culpa es de los demás, que no es capaz de ver su propio problema. Enarbolando sublimes teorías sobre la salvación de la humanidad del vicio no se da cuenta de su propio extremismo.

Este último ejemplo ilustra que cualquier carga extrema sea en el tema que sea es sospechosa. Por lo general es en estos casos, cuando menos se espera, donde el polo opuesto está realmente muy cercano.

27. Nos referimos aquí a los enemigos acérrimos del consumo de alcohol que reprochan su «vicio» a las personas que beben y que están convencidas de estar llevando a cabo una misión. No nos referimos a los abstemios a quienes no importa que otros beban siempre y cuando no afecte a sus vidas.

IV

Recapitulación

1. Puntos de partida

1. No se trata en modo alguno de *valorar*, sino de *interpretar*.
2. Todas las personas tenemos síntomas, porque todo en la vida es polaridad, alejado de la unidad y, por lo tanto, enfermo.
3. Todo síntoma es expresión de una falta, es decir que indica que algo *falta* para alcanzar la totalidad.
4. Nada desaparece definitivamente, por lo que sólo es posible un desplazamiento de los síntomas; ya sea en el plano horizontal (p. ej. en el cuerpo) o vertical, entre varios planos (cuerpo y alma o espíritu).
5. La forma y el contenido se corresponden al cuerpo y el alma, y forman un todo. La forma (lo corporal) es el necesario punto de contacto con el contenido (lo espiritual), del mismo modo que el escenario es el lugar de contacto con el contenido de la pieza teatral.
6. En último término no existen causas. Pero cuando nos vemos obligados a buscarlas para aproximarnos a la realidad, deberíamos partir de las cuatro causas típicas definidas en la antigüedad clásica: causa efficiens (actúa desde el pasado), causa final, causa formal (o pauta) y causa materialis (causa material, base material).
7. La realidad está compuesta por planos simétricos, a la que el pensamiento análogo es más afín que el causal.
8. Todos los planos están relacionados de manera sincrona y no causal, del

mismo modo que no están unidos por la lógica habitual sino por analogías.

9. Los rituales conforman la estructura fundamental de la convivencia entre las personas, ya sea consciente o inconscientemente como pauta en sombras.
10. Los cuadros patológicos son rituales ocultos que mantienen a la persona en equilibrio y que pueden sustituirse por rituales conscientes que sigan la misma pauta en cuanto al principio elemental.

2. Normas generales y cuestiones fundamentales

Las cuatro «causas» pueden contribuir a descifrar el ritual que impone el síntoma. Para ello es preciso explorar el campo en el que vive el afectado. Las preguntas que deberían formularse son:

1. ¿De dónde procede el síntoma? ¿Cuál es su base funcional? Respuesta para el ejemplo «gripe»: situación de dos días atrás, cuando el afectado se resfrió o cogió el virus de la gripe.
2. ¿En qué base material se desarrolla el cuadro patológico y qué nos dice el órgano afectado?

Ejemplo: órganos de la región nariz-garganta y los órganos sensoriales. Se trata del intercambio y del contacto con el mundo exterior.

3. ¿En qué marco se extiende el síntoma? ¿Cuáles son sus reglas de juego?

Ejemplo: no deseamos continuar abiertos ni mostrar emoción ante una situación, estamos hartos de ver y oír. Se rechaza el contacto exterior o sólo se establece con agresividad. Tosemos (ante el interlocutor), estornudamos, resoplamos y escupimos.

4. ¿Cuál es la finalidad del síntoma? ¿Adónde quiere llevar al afectado?

Ejemplo: debe reconocerse a sí mismo que está *harto* y que quiere descargar su agresividad.

El desarrollo «normal» de un resfriado muestra el ritual que impone su derecho vital a través de diferentes síntomas. El acto de cerrarse se escenifica sobre el escenario que representa el cuerpo: se bloquean los órganos de los sentidos y las vías respiratorias y de comunicación, al mismo tiempo que en el cuerpo se exterioriza la agresividad acumulada. El entorno reconoce estas señales y envía a su casa a la persona que tose y respira fatigosamente. Dentro de la guerra que se está librando en los tejidos del cuerpo es un ritual de retirada, especialmente del entorno social.

El ritual prevé que entonces la persona resfriada ya no seguirá atacando, sino que se retirará ordenadamente. Si los demás implicados en el juego no perciben en seguida los signos, el afectado informa directamente de su estado: «No te acerques demasiado a mí, estoy resfriado». Las personas resfriadas reconocen ingenuamente la importancia de dicho ritual al confesar que *han pillado una gripe*. Por supuesto sólo «pillamos» las cosas que necesitamos.

Preguntas acerca del ritual de la enfermedad y su marco:

1. ¿Cómo he adquirido este problema?
2. ¿Por qué me ocurre justamente ahora? En el caso de procesos crónicos: ¿cuándo me afectó por primera vez? ¿Cuándo fue especialmente intenso?
3. ¿Por qué me afecta precisamente esa enfermedad?
4. ¿Qué pauta recurrente en mi vida se refleja en el ritual de la enfermedad?

3. La enfermedad como oportunidad

Los cuadros patológicos pueden contemplarse desde un doble aspecto. Por una parte nos obligan a ser sinceros y nos muestran cosas que hasta ahora no queríamos admitir. Por ejemplo, una parálisis puede indicar al afectado que en el ámbito psíquico-espiritual también está anquilosado. En este caso la parálisis podría aconsejar que la persona abandone el control consciente y se entregue a la calma. Conforme al principio «la enfermedad nos hace sinceros», se pone de manifiesto el plano aún no resuelto de la pauta, así como según el principio «la enfermedad indica la misión» muestra el plano ya resuelto.

Bajo el primer punto de vista aflora un esquema doloroso y un desarrollo de la enfermedad de los que el consciente carece. La asunción de este esquema y del mensaje que lleva puede conducir al segundo nivel y así transformar la experiencia de dolor en un ritual que permita seguir creciendo.

Visto desde fuera, una persona no implicada no puede nunca juzgar en qué plano y en qué fase se encuentra el afectado en un momento dado. Un exceso de carnes es a menudo la compensación de la falta de satisfacción interior siguiendo el lema: «fuera en lugar de dentro». No obstante, y según el lema «igual dentro que fuera» podría reflejar la satisfacción interior. Aunque esto último no es frecuente, es posible. Al contemplar la imagen de Buda podríamos suponer que su opulencia de carnes es expresión de plenitud interior y el budismo parte del supuesto de que cada persona lleva en su interior la naturaleza de Buda. Éste es un ejemplo más de que la valoración es una herramienta maravillosa para llegar al conocimiento de uno mismo y que en modo alguno debe convertirse en un medio para repartir culpas.

I

Esquema cabeza-pies

La medicina clásica ha dividido siempre el organismo en unidades funcionales, cada una de las cuales está bajo la responsabilidad del correspondiente especialista. Por ejemplo el gastroenterólogo se ocupa del tracto estómago-intestinal, el nefrólogo de los riñones y el neurólogo de los nervios. Por el contrario, el paciente considera su cuerpo más bien como una unidad, y no anda tan equivocado porque, estrictamente hablando, las unidades funcionales no pueden dividirse ya que en el cuerpo existe una total interdependencia. Hay nervios y vasos sanguíneos prácticamente por todo el cuerpo y algunos órganos, como el hígado o los riñones, cumplen una determinada función para todo el organismo. Por esta razón, las personas que no poseen conocimientos de medicina se identifican más con un punto de vista *global*, porque ven sus dolencias como trastornos del bienestar general. Con frecuencia únicamente pueden determinar de manera vaga de qué región procede el trastorno. Aunque las divisiones por ámbitos funcionales y por regiones tienen ventajas, resulta más conveniente realizar valoraciones totales de los cuadros patológicos por regiones. Al interpretar un determinado cuadro patológico partiendo de la región en la que se ha originado, lo que hacemos es empezar por su base, es decir, por el escenario sobre el cual se representa el conflicto psíquico-espiritual. En una pulmonía el pulmón muestra el plano en el que se desarrolla el conflicto; en un enfisema pulmonar está afectado el mismo plano de la comunicación, pero con la dilatación de los alvéolos pulmonares y la formación del llamado tórax en tonel se representa otra obra sobre ese mismo escenario. Por consiguiente, en una misma región distintos problemas pueden tener una base común.

A fin de ilustrar este hecho, se trata antes que el problema específico la región afectada en cada caso, procediendo de arriba hacia abajo. Los cuadros patológicos que resultan se interpretan conforme a su significado y su frecuencia, a no ser que ya se haya hecho anteriormente.

Las diferentes culturas han concebido y designado de maneras distintas los centros del cuerpo y sus respectivas relaciones. Los meridianos chinos eran denominados nadis por los indios. Asimismo muchos pueblos arcaicos poseían un conocimiento impresionante acerca de las vías de comunicación del cuerpo. Distintas tradiciones mencionan puntos de acumulación de energía, que por ejemplo en el ámbito cultural de la India reciben el nombre de chakras. En Oriente se parte de la existencia de siete chakras principales; los dos superiores se localizan en la cabeza, los dos inferiores en la pelvis, el tercero en la zona de transición entre la pelvis y el abdomen, el quinto en la zona de transición del cuello y el cuarto en posición central es el chakra del corazón. Por lo tanto, desde el punto de vista energético en el organismo existen tres centros de gravedad: la cabeza, la pelvis (con polo opuesto a la cabeza) y en el centro el tórax con la cavidad cardíaca. Mientras que en prácticamente todo el mundo se conocen estos tres centros principales, los centros de gravedad se localizan en puntos distintos. Los pueblos germanos del norte fueron destacando la cabeza a lo largo de su evolución, mientras que los pueblos mediterráneos se dejaban guiar más por el corazón, y las culturas indias, amenazadas de extinción, se fiaban del sentimiento que les nacía en las entrañas. Por lo tanto, en comparación con el éxito obtenido por otras culturas se encontraban, por así decirlo, *desamparados*. Apoyándose en su intuición fueron incapaces de hacer frente primero a los impetuosos portugueses y españoles y después a la aún más agresiva razón de las culturas del norte.

Mientras que en los albores de la historia que nosotros conocemos el ser humano se guiaba por su sensibilidad visceral y sus instintos, viviendo en estrecha relación con la madre Tierra, cuando los españoles y portugueses se hicieron con la supremacía mundial el centro del corazón pasó a ocupar el primer lugar, y a su vez fue desbancado más adelante por el poder intelectual de la cabeza. A lo largo de la historia la cabeza, como instancia superior del cuerpo, aprendió a dominar a los dos otros centros. Las culturas en las que prima el cerebro se han hecho con el dominio de la tierra. Lo mismo que sucedió en el mundo ocurrió paralelamente a nivel de cuerpo y alma. La cabeza sometió al corazón y a las vísceras y así se inició la inexorable dictadura de la razón. A través de los ojos, los oídos, la nariz y las papilas gustativas, la cabeza posee un monopolio de información²⁸ casi absoluto, que puede interpretar y administrar desde el cerebro. Desde el momento en el que el *Homo erectus* aprendió a *llevar la cabeza alta*, no sólo pudo disponer libremente de los miembros anteriores para imponer sus intereses, sino que desarrolló además

28. A lo largo de su dictadura ha ido relegando un cierto instinto y la intuición, especialmente, a un segundo plano, ya que no pueden ser controlados por la razón.

un neocórtex cerebral, que con el tiempo se convirtió en el poder decisivo en la gran casa común del organismo. De este modo conquistó el dominio sobre todos los demás órganos y los domesticó, de modo que, según una frase hecha, «los pies van adónde les manda la cabeza». Como lugar de máxima concentración de poder, la cabeza se convirtió en *cabecilla* y *caudillo* (diminutivo de *caput*, «cabeza») son los que mandan, y la misma etimología tienen *capitán* (de ejército, de barco) y *capital* (el lugar desde donde se rige el país). Así la cabeza, como capital de una potencia centralista, rige las demás provincias corporales. Y también se dice que *el capital* manda en el mundo, o su posesión determina quién es el amo. Los romanos gobernaban el mundo entonces conocido desde su *Capitolio*, y así se llama también el edificio de Washington donde las autoridades estadounidenses toman sus decisiones, que afectan a buena parte de los habitantes de la tierra.

Trabajando con laboriosidad (en latín *industria*) y utilizando la razón, las personas de las culturas industriales permitieron que la cabeza expandiera su monopolio a los órganos sensoriales, a fin de reprimir su vinculación con la sensualidad. El primer sentido en ser desterrado fue el olfato, que en principio era el predominante, no en vano servía para percibir el aroma de los alimentos que se iban a tomar. Es el más próximo al placer sexual y así perdió importancia. En la actualidad la única prueba de este pasado es el gran tamaño del viejo rinencéfalo, llamado ahora sistema límbico, que está relacionado con el procesamiento de la emotividad. Asimismo el oído tuvo que dejar paso a la vista, ya que al empezar a andar erguido los ojos quedaron situados en el lugar más alto y fueron los únicos en salir beneficiados de la visión general que la nueva posición permitía. Todos los demás sentidos salieron perdiendo, ya que se alejaron de sus fuentes de información. Los ojos pudieron acceder a un gran número de datos lejanos que eran procesados por el entendimiento, por lo que su aspecto sensual quedaba en segundo plano.

El estado en que se encuentra hoy en día la tierra sometida es tan trágico como el de la mayoría de cuerpos subyugados, y demuestra que la dominación única de la cabeza podría conducir a un callejón sin salida. Pese a que la inteligencia cerebral ha alcanzado un alto nivel de desarrollo, los problemas crecen a mayor rapidez que las soluciones, especialmente porque razonar no equivale a reflexionar.

Las personas sensuales están más abiertas a los impulsos de su corazón, impulsos que amenazan la primacía absoluta de la cabeza. Por ejemplo, cuando uno se enamora la inteligencia cerebral debe contemplar impotente cómo el corazón toma las riendas. Esto es algo que no puede aceptar, por lo que en seguida empieza a repartir culpas afirmando que la otra persona *le ha sorbido los sesos* y que la persona enamorada *ha perdido la cabeza*. Si todo funcionara como es debido nunca hubiera podido ocurrir algo así, y antes de que el afectado pierda por completo la razón o, dicho de otro modo, que ésta pierda su posición de privilegio, el intelecto elaborará las afirmaciones más peregrinas para poner fin a un estado tan placentero para la persona como peligroso para él. Prácticamente en todos los casos los argumentos de la razón perturban o destruyen el amor, poniendo así fin a la huida

al reino del corazón. Mientras que en la lucha contra el corazón la cabeza debe encajar alguna que otra derrota, la intuición visceral no es un rival a su altura. Sólo el pueblo llano e ignorante conserva aún el conocimiento de que también se puede ver con el corazón y guiarse por las sensaciones viscerales. El refranero tiene muchos ejemplos de esta rivalidad entre la cabeza, el corazón y el sentimiento, aunque como queda dicho, entre los nórdicos es patente el prejuicio en favor de la racionalidad: «el amor no atiende a razones», «cuando el corazón arde, la cabeza tiene que ir a por agua», «el fuego en el corazón llena la cabeza de humo» y naturalmente, cuando decimos que *la cabeza echa humo* aludimos a un dolor de cabeza de mucho cuidado.

En los individuos muy cerebrales apenas puede decirse si la cabeza les domina o si ellos son los dueños de la cabeza. Sea como fuere, para nosotros es la región superior y más importante, por la que más nos preocupamos y a la que mayor atención dedicamos; la mayoría de personas dedican a su cuidado más tiempo que a todo el resto del cuerpo. Tanto en el trabajo como en el tiempo libre utilizamos sobre todo la cabeza, y nos ponemos en manos de su centro de operaciones, que es el cerebro.

Por su posición elevada, casi como coronación de la columna vertebral vertical, se hace evidente que decididamente le corresponde la función de mando superior. Asimismo su forma redondeada, que recuerda la forma ideal de esfera, indica su posición privilegiada. Sin embargo, cabría preguntarse si la típica persona cerebral, producto de nuestra cultura, es consciente de que los demás centros también son vitales y que, en realidad, a la cabeza únicamente le corresponde el papel de «primero entre iguales». Basta fijarse en el lenguaje para darse cuenta de que la cabeza sólo puede *afirmar*, pero nunca *aprehender*, para lo cual necesitaría las manos. Incluso sus afirmaciones son castillos en el aire hasta que no son *fundadas*. Tal como muestra la anatomía, la cabeza ocupa un lugar preeminente, pero no sería nada sin el cuerpo, que es la base sobre la que se apoya. De una persona que se guía únicamente por la razón se dice que «tiene el corazón seco», por lo que no es de extrañar que en las estadísticas de mortalidad los trastornos cardiocirculatorios, y en especial los infartos, ocupen con diferencia el primer lugar. El infarto se produce cuando el corazón no recibe el suficiente flujo sanguíneo, es decir que se queda seco.

Pese a que muchos corazones gritan de dolor y dan muestras palpables de ello, seguimos dedicando una atención preferente a la central de la cabeza. Con la cabeza nos hacemos valer y llevar la cabeza siempre alta en la lucha social por el poder es nuestro máximo objetivo, todo debe pasar primero por nuestra cabeza y pobre del que intente zafarse de su control. «¡Cabeza alta!» decimos para animarnos cuando algo sale mal o «No dejes que te hundan». No queremos tener nada que ver con todo aquello que sea bajo. La cabeza está sujeta a tal carga que a menudo debemos recordarnos unos a otros «¡Mantén la cabeza alta!», evitando así caer en los tiempos pasados en los que la cabeza aún no era el número uno absoluto, aun-

que quizá no fueran tan malos. Estamos convencidos de ser la joya de la creación, por lo que es natural que nos centremos sobre todo en la joya de nuestro organismo, aunque la frecuencia y la gran difusión de las cefaleas muestra que asignarle tanta importancia no nos hace ningún bien.

En el marco de nuestra ambición guiada por la cabeza no podemos dar abasto a todo y tenemos tal dolor de cabeza que parece que nos vaya a estallar. Todo lo que nos metemos en la cabeza se queda allí, por lo que a menudo está tan repleta que nos volvemos testarudos. Es casi imposible encontrar una persona en nuestra sociedad que no haya tenido nunca la sensación de tener la cabeza dura, del mismo modo que nos sería difícil encontrar un miembro de las llamadas culturas primitivas que lo haya experimentado. Aunque no somos tontos, a menudo tenemos la cabeza como una olla de grillos. Las personas que no se devanan constantemente los sesos, que no aspiran a imposibles, que no sienten la necesidad de imponerse siempre a los demás o que no creen que el mundo sólo puede funcionar si todo sucede según su criterio, son totalmente ajenos al dolor de cabeza. Sintiendo seguros en su convencimiento de que la creación evoluciona conforme al plan divino, no llevan anteojeras, como muchos individuos en la sociedad moderna, que es el origen de tanto dolor. La presión a la que nos sometemos a nosotros mismos como dueños de la creación nos suele afectar justamente en la región gracias a la cual nos hemos enseñoreado de ella. Dicha presión se refleja tanto en el interior, en la cabeza, como en el exterior, en el rostro, aunque la mayoría de cuadros patológicos que resultan de este desequilibrio afectan al cuerpo esclavizado.

Probablemente la preponderancia que damos a la cabeza es la causa de las cefaleas y, asimismo, de la mayoría de dolencias psicósomáticas, que se desconocen en las culturas llamadas arcaicas, caracterizadas porque sus individuos viven en comunión con la naturaleza y la renuncia a la todo intelectualismo. El darnos cuenta de este hecho no debe llevarnos a bajar la cabeza, sino que resulta más saludable reconocer sus signos de aviso y de sobrecarga e intentar interpretar los signos que se muestran en otras regiones del cuerpo.

Antes de emprender esta tarea y profundizar hasta las raíces en nuestro esquema cabeza-pies trataremos el tema del cáncer. Es más conveniente hacerlo fuera de la clasificación cabeza-pies porque el cáncer puede afectar a prácticamente todos los órganos y tejidos del cuerpo. También en este caso es aconsejable estudiar primero la región afectada antes de pasar al capítulo general sobre el cáncer, que sigue a continuación.²⁹

29. Después de hacer referencia al cáncer de pulmón como el más frecuente entre la población masculina, en estrecha relación con el tabaco,* y tratar en el capítulo dedicado a los problemas digestivos el cáncer de estómago y de intestino, que suman más de la mitad de todos los carcinomas, en este libro se da una interpretación del cáncer más frecuente en las mujeres, el cáncer de mama. El siguiente capítulo se corresponde en gran medida al capítulo de carácter general sobre problemas digestivos, y juntamente con las descripciones de las regiones puede ser la base de interpretaciones de cánceres particulares que no se tratan aquí.

la caótica división de la célula cancerosa crece hasta rebasar sus propios límites, proporcionando continuamente planos de construcción para las nuevas células. Incluso los procesos de regeneración dentro del cuerpo celular son dejados de lado en favor de la producción ininterrumpida de nuevas generaciones de células.

Este comportamiento recuerda a la joven célula, es decir el estadio embrionario, en el que el objetivo es sobre todo la multiplicación y el crecimiento. Las células de la mórula, que es la aglomeración celular en la que se concentra la futura vida humana, aún no desempeñan una función especializada, sino que simplemente deben multiplicarse desarrollando una intensa actividad de división y, consecuentemente, de crecimiento. Sin embargo, este crecimiento no tiene nada que ver con el crecimiento incontrolado de las células cancerosas. Además del núcleo celular hiperdimensional y su exagerada tendencia a la división, también la uniformidad de las células recuerda las formas embrionarias aún no desarrolladas. En su delirio multiplicador las células descuidan muchos otros aspectos y suelen perder la capacidad de desarrollar procesos metabólicos complejos, como por ejemplo la oxidación. Mientras que, por una parte, regresan a la fase inicial primitiva, la fermentación, recuperan asimismo la capacidad que poseen exclusivamente las células fetales y embrionarias para formar sustancias. A este nuevo despertar y reactivación de genes procedentes de fases de desarrollo anteriores se le da el nombre de anaplastia. Lo que nosotros calificamos como caos es algo totalmente lógico para el cáncer: recupera capacidades primarias y renuncia a la especialización. Dicha renuncia supone incluso una ventaja, porque por ejemplo aunque la oxidación es mucho más eficiente que la fermentación, ésta es prácticamente independiente. Mientras que las células normales dependen de la respiración, es decir del suministro de oxígeno o de sangre renovada, la célula que se limita a la fermentación es en gran medida autárquica.

Por tanto, la célula cancerosa no está tan supeditada a la comunicación con sus células vecinas, lo cual es ventajoso en el caso de que dichas relaciones sean problemáticas. Mientras que las células normales poseen un inhibidor de contacto, es decir que dejan de crecer cuando topan con otras células, las células cancerosas se comportan justo a la inversa; sin respetar ningún límite penetran en territorios que no le son propios ganándose, como es comprensible, la enemistad de sus células vecinas. Recientemente se ha descubierto que las células cancerosas son capaces incluso de esclavizar a otras células. Ellas mismas son demasiado primitivas para realizar los complejos procesos metabólicos, por lo que se sirven de células normales robándoles los frutos de su trabajo. Incluso respecto a sus células hijas, con las que son idénticas, las células cancerosas muestran un comportamiento totalmente egoísta pensando únicamente en su propio crecimiento, y en ocasiones son las células madre las que son superadas por el vertiginoso crecimiento de sus hijas. No es infrecuente encontrar en el centro de grandes tumores células muertas llamadas necrosis, que insinúan de manera simbólica que el mensaje central de ese nuevo crecimiento es la muerte.

La regresión de la célula cancerosa e un modelo de vida prematuro se muestra asimismo en su comportamiento parasitario; la célula toma todo el alimento y la energía que puede, pero no está dispuesta a dar nada a cambio o a participar en las tareas sociales necesarias en todo organismo. Se trata del mismo comportamiento que muestran las células embrionarias, aunque en éstas se mantiene dentro de ciertos límites. Podría establecerse un paralelismo con el comportamiento de los niños pequeños: a ellos les están permitidas muchas cosas que los adultos tenemos prohibidas, por así decirlo.

En el hecho de que la célula cancerosa ignore todas las limitaciones se esconde otra regresión. Del mismo modo que los niños van aprendiendo poco a poco a respetar ciertos límites, en su proceso de maduración y diferenciación las células aprenden a respetar las estructuras ya existentes y a permanecer en el marco que les corresponde. Por el contrario, las células cancerosas rompen dicho marco y olvidan todo lo que han aprendido a lo largo de su desarrollo. Nada puede contenerlas, ni límites vitales ni grandes estructuras corporales, y pierden completamente el referente con el modelo para el cual estaban destinadas en un principio. Una célula normal de la mucosa intestinal se dividirá una y otra vez, según las necesidades del organismo, pero no romperá nunca el marco fijado tanto para ella como para sus células iguales, ni intentará expandirse fuera del intestino. Por el contrario, una célula intestinal cancerosa se corrompe y abandona las funciones que le son propias para emprender un camino egoísta. Su marco, el intestino, le queda demasiado pequeño, por lo que excede sus límites de manera tan revolucionaria como destructiva.

A medida que se vayan explorando los campos morfogenéticos mencionados en el anterior capítulo, será posible profundizar en la comprensión de la problemática del cáncer. Además de contemplar el problema en el plano genético como una mutación, también parece adecuado efectuar una aproximación desde el punto de vista de los campos formativos. En este caso el problema radica en la pérdida de los marcos ya existentes. De este modo ya no sería un problema exclusivo de una célula sino que afectaría a todo el tejido u órgano, que ya no es capaz de imponer su pauta a todas y cada una de las células. Este planteamiento podría completar la explicación genética, especialmente porque en ambos casos se infringen una serie de normas predeterminadas. En efecto, el cáncer es tanto un problema del entorno como un problema de cada célula individual.³⁰

Las tendencias de regresión a las que hemos hecho mención se reflejan incluso en el propio nombre de la enfermedad, *cáncer*, que en latín significa cangrejo, un animal que anda hacia atrás. El nombre de la enfermedad también se le atribuye

30. Al menos ya se sabe que un carcinoma en la retina es hereditario. Si un recién nacido hereda de sus progenitores esta tendencia cancerosa, enfermará con toda seguridad, mientras que si sólo recibe este «gen canceroso» de uno de los dos, todo dependerá de las influencias del entorno. Correrá mayor riesgo que otra persona, pero no desarrollará cáncer necesariamente.

al cangrejo de mar, que tampoco se mueve hacia delante sino lateralmente. La manera de moverse de estos animales evoca un tipo de esfuerzo poco efectivo, similar a los del paciente antes de que se le declare la enfermedad. No se conoce con seguridad el origen de la palabra «cáncer», pero incluso la hipótesis de la medicina de que proviene de una forma determinada del cáncer de mama, cuyas células se van propagando por el tejido en forma de tijeras, apunta en una dirección similar.³¹ Fuera quien fuese la persona que dio nombre a la enfermedad, no hay duda de que supo definir su esencia.

3. El origen del cáncer

En la actualidad los investigadores coinciden en afirmar que el cáncer se origina a nivel de la célula por razón de mutaciones,³² es decir alteraciones. Cuando una célula es estimulada durante el tiempo suficiente, está dispuesta a alterar su comportamiento de manera drástica, apartándose de lo que le marca la herencia genética. Los estímulos pueden ser múltiples, tanto mecánicos como químicos o físicos, por ejemplo una presión constante, el alquitrán de los cigarrillos o ciertas radiaciones.

Aunque las células de un tejido consigan resguardarse durante mucho tiempo del constante flujo de estímulos que le llegan, más pronto o más tarde una de ellas reacciona sobreexcitada y empieza a degenerar. Podríamos decir que se pervierte y que emprende su propio camino, que le conduce a una carrera egoísta. La célula emprende algo totalmente nuevo para ella, fijándose como objetivos el crecimiento y la autorrealización. Una de las denominaciones médicas para cáncer es neoplasma, que refleja este «nuevo crecimiento». La liberación de unas células martirizadas lentamente durante mucho tiempo pone en peligro la supervivencia del organismo. El resultado de la contienda dependerá de si el cuerpo dispone de la suficiente estabilidad y defensas para reprimir la rebelión de las células cancerosas. Los investigadores del cáncer afirman que las células degeneran con relativa frecuencia, pero que si el organismo tiene suficientes defensas dichas células se neutralizan. Por consiguiente, en la génesis del cáncer juega un papel fundamental la falta de defensas. En efecto, echando la vista atrás suelen encontrarse situaciones de colapso de las defensas justamente en el período de tiempo en el que se supone que se ha originado el cáncer. No obstante, no siempre es posible determinar este momento. La velocidad de desarrollo de las células cancerosas depende del tipo de tumor, aunque también de la situación global. Por lo general un tumor se desarrolla durante varios años antes de ser detectado, pesa aproximadamente 1 gramo y está formado por millones de células. Probablemente todos tenemos

31. Pensemos asimismo que el nombre de cáncer es más antiguo que el del microscopio, gracias al cual se pudieron observar estas células de cáncer de mama en forma de tijeras.

32. En el caso de algunas formas de leucemia se cree que tiene un origen vírico.

cáncer casi continuamente, pero nuestro sistema inmunológico se hace cargo de la situación. Ésta puede ser otra de las razones por las que el cáncer produce tanto pavor.

4. Planos de significación del proceso canceroso

El comportamiento de la célula cancerosa refleja una **problemática de crecimiento**. Sin ningún tipo de consideración ni reflexión, la célula se transforma por completo, creciendo de manera desmesurada y caótica, sin respetar su propia base de subsistencia ni retroceder ante territorios ajenos. Las leyes del crecimiento sano son sistemáticamente ignoradas. La célula cancerosa se coloca por encima de las reglas de la convivencia normal que rigen en la comunidad de células, y rompe despreocupadamente tabúes de importancia vital. En lugar de ocupar el lugar que le corresponde y cumplir con su deber, se excede de manera peligrosa y empieza a degenerar. Inmersa en una actividad frenética y egoísta de división se multiplica en todas direcciones, y tanto los tejidos vecinos como las regiones más alejadas del organismo se resienten de su agresividad. La carrera del Ego se refleja en el desplazamiento del centro de gravedad de la célula hacia su cabeza, que es su núcleo casi hidrocefalo. En efecto, todo debe suceder según dicta la cabeza de la célula cancerosa y todas sus células hijas están formadas a su imagen y semejanza. La célula cancerosa es totalmente autárquica y se multiplica sin ayuda externa, podríamos decir que de modo virginal. Con su descendencia la célula va imponiendo sus objetivos egoístas y ni siquiera las membranas basales, que son los tabiques de separación más importantes entre los tejidos, pueden repeler esta agresión.

Asimismo la célula cancerosa manifiesta sin ambages su **problema de comunicación**, ya que reduce las relaciones con todos sus vecinos a una política de fuerza, agresiva y supresora. Con la fuerza que le da su inmadurez virginal defiende sin escrúpulos la ley del más fuerte, poniendo a sus células vecinas, más débiles, contra la pared para, a continuación, destruirlas o esclavizarlas. La célula cancerosa sacrifica el acceso al modelo de la estructura adulta para lograr su independencia y abandona la comunicación, con el campo de desarrollo que le estaba prescrito, por su egoísmo y sus ansias de omnipotencia e inmortalidad. Dicho problema de comunicación se refleja de manera simbólica en la perturbación de la respiración celular, ya que la respiración representa contacto e intercambio.

5. Fases de desarrollo de la enfermedad

El panorama que hemos presentado hasta el momento sólo parece hacer justicia a una pequeña parte de los pacientes de cáncer, porque, en general llaman la atención justamente sus pautas de comportamiento opuestas. Esto es así porque, por

una parte, el cáncer compensa pautas reprimidas y, por otra, dichos perfiles de personalidad describen casi siempre el periodo anterior a la aparición del cuadro patológico. Pero en esta fase el cuerpo también muestra una imagen muy distinta; es el estadio de la excitación constante que los tejidos y las células toleran sin reaccionar. Intentan protegerse y resguardarse en la medida de lo posible con la finalidad de sobrevivir o eliminar una situación poco grata mediante un comportamiento pasivo. Sin embargo, si una célula intenta alzarse en armas contra la excitación persistente, seguir su propio camino y mudar su naturaleza, el sistema inmunológico reprime en seguida dicho intento.

Este modelo corresponde a la primera fase de la enfermedad y caracteriza la personalidad cancerosa más típica. Se trata de personas conformistas que tratan de vivir lo más discretamente posible, someterse a las normas y no convertirse en una carga para nadie con sus exigencias. Suelen ignorar los retos que podrían contribuir a su crecimiento como personas y a su desarrollo espiritual, ya que no desean correr ningún tipo de riesgo. Su vida está carente de estímulos en un doble sentido: por una parte evitan en lo posible las nuevas experiencias, que podrían dar un impulso a sus vidas, limitándose a permanecer dentro de sus propios límites e intentan ignorar los pocos estímulos que logran traspasar sus corazas. La coerción de las posibilidades para vivir experiencias límite se refleja en su cuerpo, en la actividad defensiva que lo tiene todo bajo control. Todas las experiencias que se salen de lo normal o cualquier tipo de exceso, por inofensivo que sea, son sofocados en su origen a fin de mantener la situación habitual al precio que sea.

El siguiente paso en la escalada muestra lo alto que puede llegar a ser este precio; cuando el flujo de impulsos de crecimiento que se ha ido acumulando durante años logra reventar el dique de la represión y despliega todas sus fuerzas sin ningún control. Tras la rotura del dique ya no hay vuelta atrás ni medio posible de contención. El cuerpo cae en el otro extremo, que hasta entonces ha mantenido sometido con un espíritu tan sacrificado.

El fenómeno de la contención se manifiesta tanto en la trayectoria espiritual de la persona como en su historia clínica. No es extraño encontrarse con las llamadas anamnesis vacías, es decir que antes de la aparición del cáncer los afectados no experimentan ningún tipo de síntoma. Lo que al primer golpe de vista puede parecer una salud de hierro, se revela como una contención rigurosa; no sólo se reprimen totalmente las desviaciones psíquicas sino también las desviaciones físicas de la norma. El fisioncólogo Wolf Bütig ha acuñado al respecto el término «normopatía» para describir el proceso en el que la sujeción inflexible y severa a las normas se convierte en enfermedad. Lo que el entorno califica como reserva agradable y digna de admiración en realidad puede ser la represión de impulsos vitales y, en definitiva, una vida no vivida. Del mismo modo que la célula sometida a una intensa excitación continua hace todo lo posible para seguir cumpliendo su cometido como célula del intestino o del pulmón, los pacientes intentan seguir con los

su cuadro patológico le obliga a ello, ya que tanto si vence al cáncer o éste le vence a él llegará a este nivel de claudicación.³³

6. Regresión y religión

Paralelamente a los temas ya tratados, en la regresión se manifiesta claramente otro motivo fundamental, que asimismo está sumido en las sombras, y que el cuerpo vive en representación del Yo completo. La regresión significa el retorno a los principios, a los orígenes. Los afectados han perdido el lazo de unión con su fundamento original, por lo que las células del tumor deben vivirlo por ellos y lo hacen físicamente a su manera, que, por lo demás, es muy peligrosa. La persona necesita ostensiblemente una referencia viva de retorno a sus raíces: la religión.

Esto supone, no obstante, no sólo un paso atrás sino un lazo de unión regresivo que hace posible el auténtico avance. Esta aparente contradicción se refleja igualmente en el cuadro del cáncer; por una parte las células se decantan por la vuelta atrás hacia formas tempranas y primitivas, pero por otra parte también aspiran a progresar a una velocidad de vértigo, con vistas a lograr la omnipotencia y la inmortalidad.

Dicha contradicción únicamente puede dilucidarse recurriendo al sentido inicial de la religión. Religión significa unión con el origen, con la unidad. Sin embargo, dicha unión, que en el cristianismo se llama paraíso, es también la meta del camino de desarrollo cristiano. En la Biblia se dice que los seres humanos provienen del paraíso y que algún día deben regresar allí; es el camino que conduce de la unidad inconsciente a la consciente. La expulsión del paraíso se complementa con el retorno a la casa del padre del hijo pródigo. Este arquetipo del camino está profundamente arraigado en el ser humano, tal como demuestra el hecho de que, por ejemplo, la religión india describe dicho camino de manera totalmente análoga: «Desde aquí hasta aquí». La imagen más acertada de este amplio modelo es el viejo símbolo del uroboro, la serpiente que se muerde su propia cola. Las religiones describen el camino que conduce a la iluminación o a la inmortalidad siempre como un progreso que lleva de nuevo al punto de partida, por lo que el camino dibuja un círculo o una espiral. En este camino mirar atrás, que equivaldría a tener consideración, es tan importante como mirar adelante, lo que supone ir con cautela, a fin de alcanzar la meta que es la unidad.

En los pacientes afectados de cáncer el recuerdo del origen que se traduce en la frase «¿De dónde vengo?», así como la previsión que entraña la pregunta «¿Adónde voy?», se borra del consciente para sumirse en las sombras y encontrar una expresión física. Una consideración y una cautela exageradas, limitadas al restringido marco de la vecindad más concreta y el futuro demuestran que los afectados ya

33. Véase al respecto las publicaciones de Elisabeth Kübler-Ross.

sólo son capaces de entender las palabras en su significado más directo. Los afectados de cáncer muestran tanta consideración por otras personas, por su moral y sus normas de vida y se encaran al mañana, a todo lo nuevo y lo lejano con tanta cautela que no queda espacio para las grandes preguntas acerca del pasado y del futuro. El proceso del cáncer, con su regresión a una ausencia de base y su avance incurable, es un espejo de la situación tan terrible como fiel.

El retorno *consciente* al inicio, con sus posibilidades ilimitadas, y la busca de valores inmortales son caminos completamente válidos. Por el contrario, su destierro al inconsciente conduce a la «enfermedad como camino» que, no obstante, después de todo es un camino que no por ser terrible deja de ser fructífero. Es algo así como el último empujón para el despertar de las propias necesidades.

Esto coincide con la experiencia terapéutica de que los pacientes de cáncer suelen ser «no religiosos» en un sentido profundo. En el caso de que el perfil personal de algunos de ellos parezca indicar lo contrario, de modo que destaque la religiosidad y la aceptación del destino, suele tratarse de una convicción de tipo eclesial que apenas tiene nada en común con la religión. Son personas que administran y reglamentan su vida según los mandatos de la Iglesia. El hecho de aferrarse a dictados religiosos es, por así decirlo, el contrario de religión, y deja el corazón frío y vacío. Lo que visto desde fuera parece una intensa vida religiosa, en el interior puede ser una vida vacía. La ausencia de vida en el centro de una intensa actividad exterior está perfectamente representada a nivel físico por gran cantidad de tumores con sus necrosis centrales (=zonas muertas). Análogamente, la aceptación del destino descrita por muchos sociólogos de la medicina no debe confundirse con la actitud religiosa sintetizada en la exclamación «¡Que se haga tu voluntad!». Por lo general se trata de resignación ante un destino no aceptado, pero que se considera todopoderoso. En realidad, la aparente aceptación no está basada en la confianza en Dios, sino todo lo contrario, en la desesperación y la impotencia. En lugar de entregarse a la vida y a las posibilidades que ofrece, los potenciales pacientes de cáncer, por la consideración y la cautela corta de miras que despliegan, están más bien entregados a un miedo existencial muy sólido.

7. El cáncer como caricatura de nuestra realidad

Las historias sobre enfermos de cáncer que «fueron víctimas de esa traidora enfermedad cuando se encontraban en la flor de la vida y en el punto álgido de su carrera» parecen contradecir diametralmente lo anterior. Si se echa un vistazo a las historias personales que se esconden detrás de este tipo de frases hechas, es evidente que reflejan una asombrosa falta de visión de los temas en sombras. Un examen más detenido revela que el resultado, la enfermedad, no se produjo de manera tan repentina y sin dar señales de alarma; justamente la ausencia de cualquier reacción o síntomas físicos es un indicio de «normopatía».

Un análisis más minucioso descubre que la supuesta gran responsabilidad de estas personas no significa nada más que cumplían sus obligaciones sin rechistar, aunque, en realidad, responsabilidad significa capacidad para dar respuesta a las necesidades vitales.³⁴ Justamente los potenciales pacientes de cáncer carecen de esta capacidad. Puesto que no delimitan sus obligaciones y no saben decir que no, terminan cargando con muchas obligaciones. Por otra parte, las asumen con gusto, puesto que esto da un sentido a su existencia, al menos exteriormente, a falta de un sentido interior. Los éxitos conseguidos y el trabajo realizado son las máscaras perfectas, tras las que se esconden sentimientos de falta de sentido y depresiones.

La psiquiatría denomina depresiones larvadas a aquellas depresiones que se ocultan tras síntomas físicos. En los procesos cancerosos no es extraño que detrás de un éxito de cara al exterior se esconda una depresión de este tipo, y la *larva* goza de tan alta consideración social que a nadie se le ocurre pensar en un cuadro patológico. En muchos aspectos la típica personalidad cancerosa se considera como ejemplar: son buenas personas, no agresivas, sosegadas y pacientes, parecen muy equilibradas y simpáticas, precisamente por su falta de egoísmo, desinteresadas, serviciales, puntuales y ordenadas. Es decir, son prácticamente individuos ideales de nuestra sociedad, por lo que no nos debe extrañar su íntima conexión con este cuadro patológico. A pesar de la parálisis interior, o justamente debido a ella, el éxito social se aparta del ámbito de los típicos ideales de subordinación, aunque encaja perfectamente en el ideal del hombre moderno. Asimismo al cáncer no se le puede negar un éxito aplastante en el plano más evidente; ninguna otra enfermedad es capaz de someter tan rápidamente al organismo, ninguna otra es tan tenaz y resistente frente a las medidas de defensa y de terapia.

No es de extrañar que sintamos tal pavor frente al cáncer, ya que ningún otro cuadro patológico nos muestra con claridad tan meridiana nuestra propia imagen en un espejo. El cáncer representa el cambio repentino de los encomiables ideales de subordinación al polo opuesto, el principio de egoísmo total. Como es de esperar, la caricatura física de dichos ideales no agrada a nadie. Sin embargo, cuando este destino se torna en caricatura no es porque sea un destino equivocado, sino al contrario, porque es justamente el adecuado, sólo que exagerado.

8. Cáncer y defensas

Por los diagnósticos y la sintomatología ya tratada, el cáncer se revela como un proceso de crecimiento y de regresión que encuentra su vehículo de expresión en el cuerpo. El tercer componente a añadir son las defensas. La situación básica del

34. En inglés, *responsibility* significa capacidad (*ability*) para responder (*to respond*), por lo que tiene unas connotaciones clarísimas.

cáncer puede prolongarse durante años sin que se forme ningún tumor; la medicina convencional y, sobre todo, la medicina naturista, denominan a esta situación precancerosis. Aunque tanto las condiciones psíquicas expuestas como las condiciones físicas se den desde hace tiempo, éstas últimas en forma del correspondiente carcinógeno y estado de excitación, puede que el cáncer no se manifieste hasta que se producen ciertos estímulos desencadenantes. Hasta entonces el sistema inmunológico lo mantiene prisionero y bajo control, y no puede formar un tumor primario hasta que las defensas del organismo se colapsan. Algunos pacientes sienten dicho colapso del sistema inmunológico y, en retrospectiva, lo definen como un período de especial tensión y ansiedad.

La estrecha relación existente entre el cáncer y el sistema defensivo queda patente asimismo en el hecho de que el cáncer utiliza el sistema defensivo, que en realidad debería combatirlo, para extenderse. El cáncer es atacado por los linfocitos procedentes de los ganglios linfáticos y se sirve de las vías linfáticas para ir avanzando. Los ganglios linfáticos son frecuentemente afectados por el cáncer. La ocupación de los cuarteles de las fuerzas armadas del cuerpo y la incursión en sus vías de transporte demuestra la intrepidez del cáncer y que está dispuesto a poner toda la carne en el asador en la confrontación. Asimismo, queda patente la impotencia del sistema defensivo, que tiene las manos atadas. El cáncer logra esta victoria parcial gracias a un camuflaje perfecto; del mismo modo que es capaz de neutralizar en sus células el «gen del envejecimiento», es capaz de poner fuera de combate al sistema que permite reconocer exteriormente las células. Camufladas de este modo, las células cancerosas pueden desplazarse libremente por el centro de defensa enemigo sin ser reconocidas y con total impunidad. Si fuese posible desenmascarar inmunológicamente a las células cancerosas, sería posible combatir las, y éste es precisamente el objetivo que persigue la terapia biológica que aplica la medicina convencional.

La pregunta de por qué las defensas del organismo fracasan en el plano profundo, lo que conduce a una situación humillante, tiene una respuesta general no restringida únicamente al proceso canceroso. Un simple resfriado muestra este fenómeno: cuando *estamos hasta las narices*, en sentido figurado y nos cerramos espiritualmente, el cuerpo toma el relevo y se abre a los correspondientes antígenos, mientras que la nariz en concreto se cierra. Para expresarlo en términos médicos, una debilidad defensiva hace que el individuo se encuentre en una situación propicia a enfermar. Siempre que el plano consciente se cierra ante determinados temas que le estorban, el plano físico debe compensarlo abriéndose a los correspondientes antígenos. Por lo tanto, el sistema inmunológico se debilita cuando se exceden las defensas en el plano consciente.

Por su naturaleza el ser humano goza de excelentes defensas en ambos planos. Por supuesto, es importante proteger las fronteras del cuerpo con la ayuda de un sistema inmunológico vital frente a un mundo exterior lleno de peligros. Asimismo necesitamos una cierta defensa espiritual si no queremos vernos abrumados por

impresiones demasiado intensas y caer en la psicosis. El objetivo es lograr el punto medio entre estar totalmente abiertos y estar totalmente cerrados³⁵ en ambos planos. Si nos excedemos en una u otra dirección en uno de los planos, descompensamos el otro plano. Así, quien en el plano consciente es demasiado cerrado, es decir, evita cualquier conflicto, desplaza la abertura hacia la sombra, la cual aparece en el cuerpo en forma de debilidad ante los antígenos.

El estado ideal se caracteriza por mostrarse abierto en el plano espiritual con los pies firmemente anclados en la tierra; podemos permitir la entrada a cualquier cosa sin tener por ello que temer por nuestra salud mental. Esto es posible siempre y cuando dispongamos de unas defensas potencialmente fuertes, que en realidad casi nunca utilizamos. Si en alguna ocasión son necesarias, el individuo puede fiarse de su eficacia, aunque justamente porque tiene el poder de decir no y defender su espacio vital, no es frecuente que ocurra. A nivel físico disponemos asimismo de defensas, que gracias a su excelente estado de entrenamiento son capaces de superar cualquier reto en forma de antígenos. Precisamente porque dicho sistema de defensa no elude la lucha, sino que debe enfrentarse continuamente a innumerable retos, siempre está dispuesto para el combate y tiene gran confianza en el triunfo. Su superioridad es especialmente grande cuando no se produce un desequilibrio en el plano espiritual que lo debilite. Las personas que permiten agresiones en el plano consciente y saben cómo defenderse en ese plano, no tienen por qué desplazar el conflicto al plano físico.

No obstante, este ideal no es el que prima en un mundo que paga el precio de su cultura y civilización mostrando una declarada animosidad contra los conflictos, una excesiva actitud cerrada en el consciente y, en consecuencia, una abertura demasiado grande del cuerpo. Cuando no se sabe decir no para evitar conflictos, la incapacidad para delimitar las propias obligaciones se hace nuevamente patente en el plano físico. Las experiencias que vivimos día a día confirman este principio. Una persona que se enfrenta a la vida sin miedos (=una persona vital) cuenta con una defensa física sana, por lo que es menos probable que «coja» infecciones. Por el contrario, una persona estrecha de miras y encerrada en sí misma dispone de una situación defensiva deficiente, por lo que «cogerá» microbios mucho más fácilmente y desarrollará más resfriados. Y a la inversa, una persona entusiasta que se entrega en cuerpo y alma a un tema es casi imposible que se resfríe en esta situación de abertura. Todos hemos experimentado alguna vez que un fulminante constipado se queda en nada después de ver entusiasmados una interesante película. No es hasta que termina, cuando nos acordamos de que estábamos constipados, que volvemos a estar *hasta las narices*.

35. La connotación positiva de la palabra «abierto» en oposición a «cerrado» puede dar pie a equívocos. Una persona que se encuentra en el punto medio está abierta a la vida, aunque posea un carácter más bien «cerrado». Su frontera corporal está cerrada, con lo que su sistema inmunológico está abierto para acumular experiencias, aunque manteniendo en todo momento la ventaja frente a agentes patógenos enemigos.

Otro proceso paralelo al cáncer, aunque no posee una carga emocional tan grande puesto que queda muy atrás en la historia, es el colonialismo. Desde el punto de vista de cada imperio, el establecimiento de colonias fuera del propio país fue una estrategia cancerosa. El objetivo era ampliar el área de influencia a ser posible a todo el mundo, sin detenerse ante violaciones de fronteras por la fuerza o brutales ataques contra culturas menos agresivas, que por lo general aún estaban intactas. No se respetaron ni se conservaron modos de vida distintos y los individuos de esas otras culturas fueron declarados inferiores y esclavizados. Cada uno de los imperios estaba tan convencido de la legitimidad de sus pretensiones de grandeza que querían hacer por todo el mundo pequeñas réplicas de Inglaterra, España, Portugal, Francia o Alemania. Lo único que podía poner freno a tal expansión era el crecimiento similar al cáncer de los demás imperios. Al igual que su correspondencia anatómica, las naciones coloniales solían sufrir problemas de abastecimiento, ya que el interés se centraba en la expansión y no tanto en crear la infraestructura necesaria. Al igual que en los tumores, en la actualidad los últimos vestigios del imperio portugués, por ejemplo, siguen presentando una patente falta de infraestructuras. En este crecimiento indiferenciado se destruyeron muchas cosas tanto en las colonias, las metástasis, como en la nación madre de tantas hijas desnaturalizadas. Al final, de diminutos «tumores madre», como Portugal o Inglaterra, dependían enormes imperios que seguían creciendo y que consumían sus fuerzas. Muy especialmente Inglaterra, cuyas colonias (EE.UU., Canadá, Australia, Rodesia o Sudáfrica) se emanciparon de la metrópoli, mostraba una gran semejanza con el cuadro del cáncer. La historia de la época colonial demuestra que lo que realmente importaba a los tumores nacionales era su expansión y aumentar su poder imperial, y no tanto el comercio o el intercambio. Comparables a hidrocéfalos, las endiosadas administraciones coloniales explotaban a países empobrecidos a los que habían despojado de sus estructuras propias, esclavizando asimismo a sus «primitivos» habitantes, aunque, en realidad, su carácter no llegaba al grado de primitivismo de los colonialistas. Las células cancerosas, con sus grandes núcleos, se imponen a su entorno mostrando un primitivismo muy similar.

El modelo del cáncer concuerda con el de nuestro mundo no sólo a grandes rasgos, sino que coinciden hasta el más mínimo detalle. El crecimiento de las grandes ciudades modernas brinda una imagen muy demostrativa de las ansias expansionistas comparables al cáncer. En las fotografías tomadas por satélite se ve cómo van devorando el paisaje de manera imparable. Al igual que los tumores cancerosos, crecen expulsando e infiltrándose, al tiempo que envían por delante a ciudades satélites, zonas industriales y fabriles así como otras actividades metastásicas a modo de mensajeros.

La Tierra en su conjunto puede compararse a un organismo afectado por el cáncer. En efecto, nuestro planeta está siendo destruido paulatinamente, como si sufriera esta misma enfermedad, se explota despiadadamente y se le priva de su fuerza de resistencia. A la hora de valorar si aún se encuentra en el estadio de la lu-

cha defensiva o si ya ha alcanzado un estado caquético, los expertos en ecología, biología y teología no consiguen ponerse de acuerdo. Se denomina caquexia al estado del cuerpo cuando se resigna ante la fuerza vital-juvenil del cáncer; se rinde a que su vitalidad sea totalmente consumida y, en su aceptación, muestra una actitud abierta ante el paso al otro mundo. Puesto que nuestro planeta Tierra intenta una y otra vez regenerarse y se opone con todas sus fuerzas a los seres humanos que en ella proliferan, aún tiene esperanza.

Pero no únicamente en nuestra manera de pensar respecto a la Tierra nos parecemos a una célula cancerosa, sino que cometemos el mismo error inexcusable, es decir no tenemos en cuenta las consecuencias de nuestro comportamiento. La muerte del organismo supone inevitablemente la muerte de todas las células que lo componen, incluyendo las células cancerosas. Los inicios de la empresa son muy prometedores para la célula cancerosa, se independiza de su entorno y se aproxima a los ideales de autarquía, omnipotencia y ubicuidad. Del mismo modo que los organismos unicelulares dependen únicamente de ellos mismos para realizar todas las funciones necesarias, la célula cancerosa, que vive dentro de una aglomeración de células, se convierte casi en un luchador en solitario e independiente. Sacrifica sus capacidades altamente especializadas por una potencial inmortalidad, que también posee el organismo unicelular. Mientras dispongan de alimento, tanto el organismo unicelular como la célula cancerosa permanecen con vida. Por el contrario, todas las demás células organizadas en aglomeraciones celulares normales tienen una esperanza de vida natural dictada por su patrimonio genético. Las células cancerosas echan por tierra tales limitaciones y no muestran ninguna tendencia al envejecimiento, tal como ha quedado demostrado en un macabro experimento: las células del tumor de una persona que murió en los años veinte, justamente de cáncer, siguen vivas y continúan hasta el día de hoy dividiéndose en una solución nutritiva sin mostrar signos de envejecimiento o cansancio. El hecho de que, normalmente, las células cancerosas dejen de existir poco después de la muerte de su anfitrión, es debido a que ya no disponen ni de alimento ni de energía. Mientras que los organismos unicelulares son realmente independientes e inmortales en su mundo acuático, caracterizado por la abundancia, las células cancerosas no tienen en cuenta que únicamente son inmortales potencialmente y que nunca pueden ser realmente independientes. Al igual que los seres humanos que poblamos la Tierra, siempre son dependientes del cuerpo en el que habitan.

El hecho de que la Tierra ya haya alcanzado la fase de manifestación de la enfermedad ilustra claramente la caricatura de nuestros ideales a través del cáncer. Aún es más terrible constatar que nosotros somos el cáncer de la Tierra. El crecimiento de nuestra economía es tan aberrante como el del cáncer; pese a que los índices de crecimiento son enormes, la empresa no tiene ninguna meta que pueda alcanzarse. El objetivo del progreso es más progreso, por lo tanto es un objetivo que debe realizarse en un futuro y que está fuera de nuestro alcance. Asimismo, el

cáncer tiene un objetivo irrealizable, que se encuentra en su sombra y que supone la destrucción del organismo. Si los loables deseos de los políticos llegaran a hacerse realidad y los países en vías de desarrollo logran ponerse al nivel de los países ricos, eso significaría el golpe de gracia para la ya amenazada ecología de nuestro planeta. No obstante, podemos estar tranquilos porque, en el fondo, esos deseos son simples palabras. Muy distintos son los deseos de continuar con un progreso lineal en nuestra parte de mundo, ya que tienen algo de corrompido y peligroso. Si no tenemos bien presente que procedemos de la naturaleza y tampoco tenemos un objetivo en el ámbito espiritual, corremos el riesgo de convertirnos en un cáncer incontrolable. Lo cierto es que ya cumplimos con los criterios para ello.

Cuando esta terrible enfermedad muestra su cara más oscura nos atemorizamos, porque nos reconocemos a nosotros mismos en ella. No queremos vernos reflejados de manera tan fiel en un espejo. Esto es lo que la humanidad tiene en común con cualquier paciente.

10. Solución del cáncer y su redención

Debido a nuestra confusión y a nuestra valoración resulta difícil ver incluso en el cáncer la representación de una solución y redención. Como comunidad sentimos un gran temor ante las fuerzas y la energía que poseemos en nuestro interior, por lo que aduciendo gran número de coartadas sociales, las relegamos al reino de la sombra. Aunque la sociedad aplaude al máximo la libre evolución del individuo y el espíritu emprendedor, la mayoría de sus miembros se ven invadidos por temores al respecto. Las tasas de crecimiento espiritual-psíquico no pueden compararse con las referidas a la economía y, a largo plazo, nuestro enorme producto social bruto no puede compensarnos por la falta de crecimiento interior. Con el respaldo social, pero gracias a las propias fuerzas, muchas personas consiguen bloquear su desarrollo personal e integrarse en las estructuras ya existentes, bien de manera fluida o, como ocurre a menudo, forzándose. Las recompensas externas hacen más fácil la renuncia al desarrollo de la individualidad y contribuyen a que el individuo se funda con la masa. De aquí a convertirse en «normópata» sólo hay un paso.

Puesto que la autorrealización forma parte del camino de desarrollo de las personas, no es posible eliminarlo completamente, sino únicamente relegarla. Una vez aparcada termina en la sombra. En el mundo material esto encuentra dos posibilidades de expresión: el universo interior del cuerpo (microcosmos) y el mundo exterior (macrocosmos). Por lo tanto, el camino de este proceso relegado de crecimiento va del plano consciente al mundo de la sombra del plano inconsciente y, desde allí, al cuerpo o al mundo exterior. El principio se mantiene invariable en cada fase aunque sus posibilidades de expresión se van adaptando al respectivo plano, por lo que es inevitable hallarlo en su forma redimida o no redimida. Cuan-

to más relegado esté, menos redimido se presentará, pero incluso en esa forma debería permitir, en principio, entrever el plano redimido.

En general el plano material está menos redimido que el plano espiritual-psíquico. Así, por ejemplo, en el proceso canceroso calificamos de maligno lo mismo que en un sentido figurado nos parece digno de admiración: el principio de la expansión. El cáncer supera todas las fronteras y todos los obstáculos, prolifera y se introduce en todas partes, se une con todo tipo de estructuras por muy extrañas que sean, no se detiene ante nada, es prácticamente imparable, casi inmortal y ni siquiera teme a la muerte. El cáncer no es más que expansión sumergida en la parte de sombra del cuerpo. Por tanto, se trataría de expandirse en el plano consciente y descubrir la inmensidad e inmortalidad del alma. No debe asombrarnos el hecho de que a través del más pernicioso de todos los cuadros patológicos asome el principio supremo, ya que la sombra más oscura es la que arroja siempre la luz más intensa. Con la autorrealización, en el cáncer se sume en sombra la que es la meta final de todo desarrollo, el Yo.

Aunque la meta final sigue siendo el punto medio, al principio del camino es necesario abandonarlo para ir a los extremos. Cuando Cristo dice: «Sed calientes o fríos, pero nunca tibios», se está refiriendo a una etapa del camino. Cuando el punto medio es un indolente compromiso, es preciso alejarse de él, y ésta es la principal verdad que deben aprender los pacientes de cáncer. En este sentido, la plácida medida intermedia en la que el normópata se ha acomodado no es un lugar definitivo. En lugar de la armonía del punto medio reina una armonía aparente. Las (perniciosas) fuerzas del Ego no se manifiestan, aunque en realidad perviven en la sombra con mayor intensidad si cabe. El normópata nunca herirá a nadie con un «No» tajante y egoísta, pero tampoco hará feliz a nadie con un «Sí» incondicional. Se excusa continuamente por estar vivo, pero no consigue librarse de la culpa original (el alejamiento de la unidad). Para él la apariencia es más importante que el ser. Sin embargo, de lo que se trata en último término es de ser, por lo que en su cómodo punto medio, al que ha llegado por la vía de la mínima resistencia, no encuentra la tranquilidad final o, por decirlo de otro modo, la tranquilidad que encuentra no es verdaderamente la última.

Lo que debe hacer, ante todo, es ponerse en movimiento, crecer, transformarse y desarrollarse. Aquí se incluye asimismo aprender a decir que no, percibir su voluntad egoísta, rebelarse contra reglas inamovibles, romper el marco de las estructuras que le ahogan, aproximarse a los demás aunque sea en exceso, saltarse barreras, ignorar los límites y vivir todas las cosas que, de otro modo, tienen lugar en la sombra como proceso canceroso. En lugar de mutaciones a nivel de la célula podrían producirse modificaciones en el plano espiritual, psíquico o social; en lugar de ir degenerando de su clase, podría romper las (tensas) cuerdas que lo sujetan. Se trata de conocer el propio Ego, incluso y especialmente, cuando es un tipo un poco raro que no se hará merecedor de muchas alabanzas en el entorno. En vez de degenerar se trata de encontrar la manera de ser, en definitiva, la propia natu-

raleza. Y en lugar de apartarse voluntariamente, hay que ser autónomo y asumir la propia responsabilidad.

El radiólogo norteamericano Carl Simonton propugna una terapia que defiende esta dirección de un modo muy físico. Su eficaz método consiste en que sus pacientes de cáncer realicen varias veces al día meditaciones dirigidas en las que combaten con toda su agresividad el cáncer a nivel celular. Con imágenes interiores y representaciones de sus fantasías dan respaldo a su sistema inmunológico en la lucha por la existencia que está librando, viviendo así la agresividad que llevan reprimiendo durante años. El consejo de luchar contra el cáncer con todas las fuerzas parece contradecirse con el principio homeopático, pero sólo es una impresión inicial; tratándose de una enfermedad tan agresiva, responder a ella con agresividad es justamente un método homeopático.

Aunque esta primera etapa del despertar a las propias necesidades es de gran importancia y es irremplazable, el camino en realidad va mucho más allá. La frase cristiana «Sed fríos o calientes ...» es irrenunciable, pero la evolución sigue y, así, se llega a «Si alguien te golpea en la mejilla izquierda, ofrécele también la derecha». Estas dos frases contrarias han sido fuente de mucha confusión, porque se refieren a dos etapas distintas del camino. Llegados a este punto resulta arriesgado seguir escribiendo, porque justamente los pacientes que aún deben trabajar intensamente en la etapa consistente en imponer de manera agresiva el propio Yo, muestran tendencia a huir rápidamente a «planos superiores». Lo hacen en el error de que les será más sencillo la realización de temas tan sublimes como el amor que liberarse de sus ataduras del Ego y de todas sus energías negativas. Pero cuando se salta o se abandona con excesiva rapidez una etapa, en la siguiente no existe ninguna posibilidad de éxito. Si una persona tibia después de recibir un golpe en la mejilla izquierda presenta la derecha por cobardía, no ha ganado nada. En ese caso el amor se convierte en un sentimiento tibio y lo sagrado en pura santurronería. Un paciente de cáncer no puede permitirse cometer tales errores.

Pese al peligro de las malas interpretaciones, es necesario fijarse una meta por lejana que ésta sea. No obstante, las siguientes etapas y tareas presuponen el haber superado las precedentes, ya que de otro modo se convierten en un bumerán, tal como han demostrado las experiencias con en el capítulo dedicado al cáncer en el primer libro.

Por trascendental que pueda ser el desarrollo de las fuerzas del Ego en el camino, esto no puede ser la meta final. El proceso canceroso indica por dónde sigue el camino y cuál es su meta. En lugar del crecimiento físico se trata del crecimiento espiritual-psíquico. Durante aproximadamente 20 años el individuo crece físicamente, después de lo cual debe seguir creciendo en el plano espiritual-psíquico, si no el crecimiento se sumerge en la sombra. Dicho crecimiento puede producirse durante mucho tiempo en el mundo exterior y después utilizar, por ejemplo, también las posibilidades correspondientes a una economía en expansión. No obstante, más pronto o más tarde debe aspirarse a la autorrealización en un sentido su-

retorna al plano consciente y es vivido, no tiene por qué reflejarse en el escenario del cuerpo. Para ello es condición indispensable estudiar con sinceridad la propia situación hasta llegar a la conclusión de que nada ocurre de manera casual, sino que todo tiene su razón de ser, incluso el cáncer. Es partiendo de esta base que en ocasiones empieza a hacerse evidente la gran desesperación que provoca el diagnóstico de cáncer. Por duro que pueda parecer, es esencial si se quiere seguir avanzando. Un médico que oculte a su paciente el diagnóstico y le mienta «por su propio bien», puede parecer muy humano, pero, por otra parte, está bloqueando todas las posibilidades de desarrollo que aún le quedan al paciente.

Dentro de las posibilidades para liberar al cuerpo de cometidos que, en realidad, corresponden al alma, se incluye la amplia gama de imágenes que el cáncer impone al organismo: saltarse todas las fronteras o pasar de la raya, crecimiento vital o agresión salvaje. Se trata de cambiar la posición del tibieza por los altos y los bajos de la propia vida. Es preciso proporcionar conscientemente espacio vital a toda la creatividad desenfrenada que se expresa en el proceso canceroso, tanto en el plano físico como en el espiritual-psíquico. Se producirán mutaciones y éstas exigen valor. Mientras que la evolución biológica fue avanzando por medio de mutaciones físicas, la evolución individual debe encauzarse a través de modificaciones espirituales-psíquicas. Los pacientes deben imitar a las células cancerosas y hacer algo con su propia vida, y debe ser algo exclusivo, tal como ponen de manifiesto las aspiraciones autárquicas del cáncer. Hay que vivir uno mismo la fertilidad de las células cancerosas. Pero, por encima de todo, es preciso retroceder hasta las propias raíces, para ello quizá sea realmente necesario abandonar la función altamente especializada que se ha tomado en la sociedad, la empresa o la familia, y volver a ser de nuevo una persona con necesidades caprichosas e ideas alocadas.

Los pacientes que han pasado página declaran que la enfermedad cambió sus vidas de manera radical; en lugar de permitir que otros decidieran por ellos, tomaron las riendas, y cambiaron su actitud de sometimiento por rebelión abierta. En el caso de pacientes que gozan de gran éxito social, puede ser necesario integrar en el plano consciente la carrera del Ego que están viviendo sin percatarse de ello. Esto pondrá de manifiesto que hay cosas mucho más importantes.

Los criterios expuestos se aplican análogamente a las terapias referidas al cuerpo, desde ejercicios bioenergéticos que movilizan las energías vitales hasta las inyecciones. Las terapias que cuentan con mayores posibilidades de éxito son las que integran los principios que el cáncer exterioriza. Por ejemplo, la medicina antroposófica utiliza el muérdago,³⁷ un vegetal que, en parte, presenta un crecimien-

37. El muérdago es la planta autóctona más semejante al cáncer. Invade árboles muy diversos; quebrantando todas las reglas no crece hacia arriba sino en todas direcciones; vive a costa de su huésped, al que supera en ritmo de crecimiento y presión de savia. No obstante es relativamente benigno, ya que por lo general no causa la muerte a ningún árbol. En este sentido se asemeja más al cáncer la higuera estranguladora africana.

to análogo al del cáncer. Asimismo se utilizan inyecciones para irritar al organismo y estimularlo a luchar. También cabe mencionar la psicoterapia de Simonton,³⁸ que mata dos pájaros de un tiro al incitar a los pacientes a exteriorizar su agresividad, lo que al mismo tiempo va dañando el tumor. Hay que procurar, no obstante, que la lucha contra las células cancerosas no se convierta en lucha contra el propio destino. Antes de toda sanación es preciso pasar por la fase de la aceptación, oponerse al destino conduce a la dirección opuesta.³⁹

Finalmente se trata de estimular la vitalidad y la creatividad del paciente en lugar de destruirlas con terapias agresivas. Pero en el caso de que este tipo de terapia parezca acertada o sea ineludible, debe considerarse únicamente como un tiempo ganado a un precio muy alto y es preciso aplicar paralelamente y, sobre todo después, medidas paralelas que estimulen la vitalidad. Los métodos como el que propugna Simonton son los refuerzos ideales de una quimioterapia o radioterapia. No obstante, no ocurre lo mismo a la inversa.

La respiración es un aspecto fundamental, ya que respiración es comunicación y en el cáncer ésta se apoya sobre un plano primitivo y radical. Por consiguiente, la terapia respiratoria radical es una buena posibilidad, especialmente porque en ella el cuerpo es inundado cada vez con oxígeno. Éste es ya un método empleado por la medicina alternativa en el tratamiento del cáncer. Además, muchos pacientes presentan limitaciones y obstáculos en la respiración por ser ésta expresión el flujo vital. En la paulatina liberación de la respiración radica la mayor oportunidad para volver a abrirse al flujo vital.

La mutación que se produce a nivel de la célula posee su equivalente en la metamorfosis en el plano espiritual-psíquico. Cualquier cosa que refuerce el referente a la religión y permita acceder al paciente a sus planos más profundos, se encuentra en este camino. Si después de rebelarse contra su juego social oportunista, lo cual es completamente necesario, encuentran su verdadero lugar, lo aceptan de todo corazón y se colocan en él, en todo caso habrán vencido. Esto supone el fin de todos los intentos de querer ser algo especial, el fin de todo egoísmo. Dichos pacientes se dan cuenta de que están en el lugar que les corresponde y que son una misma cosa con el todo. Ésta sería asimismo la solución y la redención de la célula cancerosa: no mantener su lugar por resignación y falta de alternativas, sino aceptarlo conscientemente y reconocer que forma una unidad con el cuerpo.

En este camino las psicoterapias reveladoras pueden resultar de gran valor, siempre y cuando engloben el cuerpo y el plano emocional y no se muevan únicamente en el ámbito del «pensamiento cerebral». La gran oportunidad consiste en descifrar el esquema vital que hizo necesario el cáncer, todo lo demás es una cues-

38. Carl Simonton: *Recuperar la salud*, Libros del comienzo, 1994.

39. Cabría mencionar asimismo la cinta elaborada por mí mismo a partir del trabajo con pacientes de cáncer. En la cara 1, la más importante para principiantes, contiene instrucciones sobre cómo combatir el crecimiento del cáncer, mientras que en la cara 2 se tratan las cuestiones del retorno y el cambio. R. Dahlke: *Krebs (Cáncer)*. Edición Neptun, Munich, 1990.

ción de humildad y compasión. El amor universal como llave de la inmortalidad no se puede crear y, mucho menos, conseguir por medios terapéuticos. Lo único que puede hacerse es prepararse para estar a punto cuando sucede. En todas las épocas algunos pacientes de cáncer han utilizado la oportunidad de padecer una enfermedad incurable para prepararse para este paso decisivo. Aunque también ellos empezaron siendo normópatas, bajo la presión de la enfermedad se convirtieron en personas que causaron gran impresión en los demás justamente por su manera de ser.

PREGUNTAS

1. *¿Vivo mi vida o dejo que otros me manden?*
2. *¿Me arriesgo a imponer mi voluntad o cedo porque es más cómodo y para mantener la paz?*
3. *¿Proporciono espacio libre a mis energías o las someto siempre a las reglas y normas establecidas?*
4. *¿Me permito expresar agresiones o lo arreglo todo en mi interior y conmigo mismo?*
5. *¿Qué papel desempeñan en mi vida los cambios? ¿Me atrevo a expandirme por otros campos? ¿Soy fecundo y creativo?*
6. *¿Tienen la comunicación y el intercambio activo un gran peso específico en mi vida, o prefiero arreglármelas yo solo?*
7. *¿Me permito de vez en cuando excederme o considero que la adaptación está por encima de todo?*
8. *¿Están en armonía mis defensas físicas y psíquicas o las primeras debilitan a las segundas?*
9. *¿Qué papel desempeñan en mi vida estas dos preguntas fundamentales: ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy?*
10. *¿He dado alguna vez en mi vida oportunidad al amor universal?*
11. *¿Qué papel desempeña en mi vida el camino definido por el lema: «CONÓCETE A TI MISMO PARA CONOCER A DIOS»?*

III

La cabeza

1. El cabello

Desde el punto de vista anatómico los cabellos están situados en el punto más alto, cubriendo el lado de sombra o nocturno de nuestro particular globo terráqueo. Su vigor y su brillo reflejan nuestro vigor y nuestro brillo; si nosotros estamos en buena forma y gozamos de salud, ellos también lo están. Su lenguaje simbólico revela muchos temas *peñagudos*. Los cabellos tienen su propia historia en tanto que **símbolo de libertad**. La época hippie con sus leyendas, que giran en torno a la era de Acuario y a su musical *Hair*, hizo patente la relación que existe entre la exuberancia en el cabello y la reivindicación de libertad. El polo opuesto a los hippies son los soldados de todas las épocas y naciones; por dispares que sean las ideologías por las que luchan, todos tienen que dejarse el pelo además de la piel, por decirlo de algún modo. Todos los ejércitos regulares obligan a sus reclutas a raparse, ya que el hecho de cortarles el pelo simboliza el recorte de su libertad. En los monjes zen se da el mismo fenómeno, con la diferencia de que ellos renuncian voluntaria y conscientemente a sus cabellos, es decir a su libertad exterior. Su objetivo es alcanzar una profunda liberación interior, para lo cual las libertades exteriores sólo serían un estorbo. Salvando las distancias, los monjes zen deben renunciar a su voluntad propia de manera tan absoluta como los soldados. La obediencia es primordial, y los rizos y las tentaciones del mundo exterior entorpecerían simbólicamente su observancia. Por el contrario, a los guerrilleros que luchan por su país y por su independencia por cuenta propia,

no les estorba el cabello en modo alguno; su objetivo es lograr la libertad exterior, es decir política. A los siervos se les negaba poder mostrar abundancia de cabello por ser considerado símbolo de libertad, y eran denominados los «rapados». Este nombre despectivo ilustra el desprecio que tenían que soportar en el pasado los individuos «sin» pelo y que muchos calvos siguen padeciendo hoy en día.

El cabello es un habitual campo de batalla en el que se libran combates simbólicos por la libertad. Cuando en China se cortaron las proverbiales trenzas, se cortó asimismo un orden social ya caduco. La trenza es una forma de organización muy severa, para formar la cual es preciso que ni un solo mechón esté fuera de su sitio. El propio hecho de trenzar el pelo es un acto de disciplina; si cada día empieza con esta autodisciplina simbólica, la vida queda circunscrita dentro de un marco metódico controlado escrupulosamente. No está permitido que ni un solo pelo se desmande y todos y cada uno de los mechones están bajo control. En este sentido, el cortarse las trenzas sigue siendo hoy en día un acto de liberación y emancipación para muchas chicas. En el pasado todas las mujeres llevaban el pelo largo, lo cual no era tanto un símbolo de libertad como una norma. Por lo tanto, la transgresión de dicha norma fue una muestra de emancipación. En efecto, con este acto la mujer deseaba liberarse del típico papel asignado a su sexo, que aunque la eximía de preocuparse por la propia subsistencia, también la privaba de cualquier responsabilidad social.

La exuberancia de pelo de la generación hippie debió de ser una simple tormenta en un vaso de agua comparado con la conmoción que produjo el que algunas mujeres empezaran a sacrificar sus largas melenas para adoptar peinados tipo *garçon* o *paje*, y usurpar así algunas libertades reservadas hasta entonces a los varones. En ambos casos se trataba de imponer la propia voluntad y demostrar que se negaban a seguir bailando al son que otros tocaban. Tras el lema: «Mi pelo me pertenece a mí» se escondía otro aún más contundente: «Mi cabeza es sólo mía, y yo decido qué crece en ella y qué piensa».

El peinado refleja la mentalidad, por lo que los artistas suelen mostrarse extravagantes en este respecto, mientras que las personas que acatan las normas sociales tienden a llevar el pelo bien ordenado en un peinado sobrio y unitario. Los moños, que aún se siguen viendo ocasionalmente, son aún más severos que las trenzas; es una forma inmóvil y no puede sobresalir ni un pelo. No queda espacio para la libertad ni para la creatividad, ya sea en la cabeza o en la vida en general. En el polo opuesto los peinados de los punkies son un signo evidente de que se toman todas las libertades y que no quieren tener nada que ver con la disciplina y el orden simbolizados en los peinados habituales.

Por consiguiente, el cuero cabelludo es un buen escenario que permite constatar qué pieza se representa en la vida. Por otra parte, no debemos perder de vista la posibilidad de la compensación. En época de Luis XIV a un obrero de fábrica no le estaba permitido escalar puestos en la sociedad mejorando su apariencia, por ejemplo llevando una peluca de rizos empolvada. Sin embargo en la actualidad

como con una melena rizada, deberá poseerse una mata de pelo realmente abundante. En el polo opuesto, la renuncia voluntaria al cabello pone de manifiesto que la persona no da ningún valor a la impresión que pueda causar en el otro sexo. Éste es el caso de los monjes y, en principio, también de los soldados, aunque la realidad es muy distinta. Durante el servicio militar la misión de los soldados es servir a su país, para lo cual deben poner su Ego, su libertad y las relaciones personales en segundo término.

La problemática del encanecimiento del cabello se trata en el capítulo dedicado a los problemas de la tercera edad. Sólo los afectados pueden decidir si el gris de sus cabellos es fiel reflejo de su gris interior, y de su miedo, o si, por el contrario, revela sabiduría o únicamente la finge. El aspecto más importante a tener en cuenta es si este cambio de color afecta a la persona, en cuyo caso es indicio de que algo se ha desplazado desde el plano consciente al físico, donde se manifiesta de un modo poco agradable. Cuando los cabellos **se tiñen** voluntariamente esto indica un tipo de compensación. Es evidente que los punkies dan a sus peinados la variedad de matices que echan en falta en la vida. Si una persona se tiñe algunas mechas está expresando su deseo de aportar un poco de variedad a su cabeza, tanto exterior como interiormente. Puede tratarse de una mera compensación o ser parte de un programa, en cuyo caso irá acompañado por intentos de llevar esa misma variedad a otros planos.

En cuanto a colores, llama la atención que tiende a huirse de los puntos medios. Los cabellos morenos se tiñen de color negro azabache y los castaños claros de rubio platino. El ángel dorado y la misteriosa noche oscura se dan de la mano. La tendencia a llegar al extremo en lo exterior contrasta no pocas veces con una actitud demasiado tibia en el interior. Cuando Cristo dijo: «Sed calientes o fríos, pero nunca tibios» se estaba refiriendo claramente al alma, aunque resulta mucho más sencillo y cómodo aplicarlo al aspecto exterior.

Finalmente, como apéndices de la piel también son **antenas** al servicio de la percepción del mundo exterior y de la vigilancia. Pensemos, por ejemplo, en los pelos del bigote de los gatos y en el fino vello de los seres humanos. Por tanto, una persona sin cabello no dispone de antenas orientadas al exterior. En el caso de los soldados, precisamente se busca este aislamiento simbólico respecto del mundo exterior, que asimismo se refleja en su acuartelamiento, mientras que en el caso de los monjes zen el hecho de retraer las antenas hacia el interior en el retiro monacal, posee un significado aún más profundo.

El vello en el pecho y en las piernas tiene un simbolismo animal-varonil que recuerda los albores de la humanidad, cuando el hombre era aún un ser dotado de una fuerza primitiva y de un salvajismo casi animal. Los pelos en la barbilla y en las mejillas han sido siempre un adorno exclusivamente masculino. Una perilla puede resaltar el aspecto de la voluntad y de la capacidad de hacerse respetar, aunque naturalmente una barba poblada puede esconderlo u dejarlo en sombras. Mientras que los hombres exhiben ufanos lo que son vestigios de nuestra historia

más remota, las mujeres los evitan a toda costa. El vello excesivo en la cara y en el pecho es enemigo de la feminidad, por lo que se elimina con saña. Sin embargo, la naturaleza es sincera y tenaz, por lo que reproduce una y otra vez tales *excrencias* masculinas. Este síntoma debe tomarse como un mensaje cargado de significado, que bien merece ser atendido.

Hirsutismo

Las mujeres que presentan un vello excesivo en zonas en las que no es habitual en las féminas sufren una considerable angustia. Este síntoma revela de manera palpable que se han relegado a las sombras aspectos masculinos, los cuales desde allí intentan dominar el cuerpo. La situación hormonal, caracterizada por una predominancia de los aspectos masculinos, refleja el fenómeno pero no lo explica. Las mujeres afectadas viven y descubren fuera, en su piel, sus aspiraciones masculinas y los aspectos masculinos de su alma. En realidad todas las mujeres deben descubrir y desarrollar su polo masculino, que Jung denomina *animus*, aunque esto debe tener lugar en el plano consciente y no en el corporal. Esta temática se plantea especialmente durante la menopausia, por lo que en este período el cuerpo femenino es más propenso a desarrollar rasgos masculinos, siempre y cuando no se dé ninguna oportunidad al plano espiritual-psíquico.

La manifestación de energía masculina en el crecimiento de la barba refleja una reivindicación inconsciente de fuerza de voluntad y capacidad de imponerse. La abundancia de vello corporal revela un componente animal; si las afectadas presentan este síntoma, es indicio de que no viven lo suficiente su faceta animal-masculina y que ésta debe expresarse en el cuerpo. Por el contrario, si no provoca angustia, tal como no la provoca en los hombres, el exterior refleja el interior. El extremo no limitado al polo femenino sería la llamada «**persona velluda o persona lobo**», en la que la integración del aspecto animal es tarea primordial. Cuando se dice que alguien *lleva una vida de perros*, significa que ha llegado a lo más bajo. En cuanto a la jerarquía de la evolución, esto es válido asimismo para la persona velluda, que debe encararse con el pasado animal. Cuando en el hirsutismo se impone un modelo de vello púbico masculino, se resalta la existencia de una vena fálica agresiva e inconfesada en el ámbito sexual. Normalmente, además del exceso de vello, aparecen otros signos de «virilización» (del latín *vir* = hombre) que apuntan en la misma dirección. Por lo general el entorno sabe entonces que se trata de una mujer «de pelo en pecho», a la que no se puede dejar de lado impunemente y con la que hay que tener cuidado. El síntoma quiere que ella misma también se dé cuenta.

Por consiguiente, lo que hay que aprender es que no hay que luchar contra lo masculino, sino al contrario, realizarlo en la propia vida. En lugar de dar realce a la barbilla mediante una barba, es preciso contribuir a que la propia voluntad logre imponerse. En lugar de envolverse en una piel muy gruesa, sería más efectivo pro-

tegerse en sentido figurado ganándose el respeto. Del interior brota una fuerza y un poder que quieren crecer y sustituir a la emanación masculina exterior. En lugar de ocultarse a los ojos del mundo por el exceso de vello, es preciso que todo el mundo sepa que la mujer tampoco se acobarda ante situaciones peliagudas, que es de armas tomar y que cuando quiere también sabe ser espinosa (en latín *hirsutus* = espinoso). Dentro de este aprendizaje se incluye una cierta obstinación, que junto con la capacidad de resistirse, destacan mucho mejor que una simple perilla la propia voluntad y la posibilidad de oponerse. Lo masculino es uno de los dos polos de la realidad y es imposible borrarlo por completo del universo femenino. Lo único que puede hacerse es reconciliarse con él.

Pérdida del vello

Este cuadro patológico revela claramente al paciente que presenta una fuerte tendencia a recogerse en sí mismo de la que no es consciente. Los pelos mueren de raíz sin que exista ningún motivo visible para ello, de modo que los afectados quedan totalmente lampiños y desnudos. Como muchos de ellos se avergüenzan de mostrarse en público sin pelo, este síntoma los condena a un aislamiento total. Pero así se consuma la retirada que los pacientes no pueden realizar conscientemente porque el valor les flaquea. Su cuerpo expresa de manera simbólica mediante el síntoma su propósito inconsciente de retraer las antenas e interrumpir el contacto con el mundo exterior, y pone en práctica este deseo. Lo cierto es que desde hace tiempo los pacientes se sienten desnudos, desamparados e indefensos, aunque se niegan a reconocerlo. El cuadro patológico muestra su vergüenza en doble sentido al tiempo que insinúa la pérdida de respeto que sienten inconscientemente, especialmente cuando además del vello púbico y de las axilas también pierden cejas y pestañas. Una vez han aprendido a disimular dicho defecto con ayuda de una peluca y de discretos cosméticos, el síntoma pierde en importancia y si no se hace nada para mejorar la situación interior, la reintegración a la vida social aumenta de nuevo la angustia.

La lección que hay que aprender es evidente: es preciso recogerse en sí mismo y retraer las antenas. Es tiempo de comportarse con total franqueza y sinceridad, sin protección, como hacen los bebés. Los intentos de enmascaramiento a través de cosméticos son en realidad intentos de hacer oídos sordos al mensaje que lleva consigo el cuadro patológico, por lo que no contribuyen a la sanación. La pérdida del vello supone la pérdida de libertad para, por ejemplo, moverse entre las demás personas libre y despreocupadamente así como la pérdida de parte de la irradiación personal y, por lo tanto, de poder sobre los demás, en especial sobre el sexo contrario. Ya no es posible utilizar el cabello como arma de seducción ni poner ojos tiernos si no se tienen pestañas.

Este cuadro patológico devuelve al afectado la vergüenza natural y le muestra cuán desprotegido está. Impide, además, los distintos juegos sociales y, sobre todo,

el juego con la falsa seguridad en uno mismo. Es el polo opuesto al hirsutismo. Mientras que éste da a entender que es preciso abrirse camino sirviéndose conscientemente de la propia fuerza y poder, a fin de liberar al cuerpo de este cometido, la pérdida total de pelo impone a la persona la impotencia propia de la niñez.

Alopecia

Cuando una persona sufre **alopecia**, o por llamarlo de otro modo, sufre la pérdida de unas antenas cargadas de significado, de ornamentos, o de símbolos de poder, libertad y vitalidad, los temas tratados en el apartado anterior son de referencia obligada. A ellos se añaden las situaciones de gran simbolismo en la que uno *se queda pelado*. Cuando no se toma en consideración la necesidad de introducir un cambio en el plano espiritual-psíquico, el organismo se ve obligado a encarnar dicho tema. Puesto que los cabellos son apéndices cutáneos, en este caso debería pensarse asimismo en el simbolismo de la muda, especialmente cuando la caída del cabello va acompañada de **caspa**. Las serpientes mudan de piel cuando están listas para una nueva. Por lo tanto, la pregunta que surge es: ¿debería haberme arrancado mi vieja piel y permitir que me creciera una nueva?

Expresiones como «quedarse pelado» o «sentirse desplumado» sugieren que alguien se ha visto obligado contra su voluntad a pagar un precio o hacer un sacrificio, es decir que ha sido imposible *librarse sin salir trasquilado*, sino todo lo contrario. Consecuentemente la cuestión que se plantea es: ¿cuándo y en qué he olvidado pagar un precio o hacer el necesario sacrificio?

Por lo tanto, la lección a aprender que se oculta tras la caída del cabello es que es necesario abandonar lo viejo y anticuado para dejar espacio a lo nuevo. Es imprescindible realizar este paso conscientemente a fin de liberar el cuerpo de esta misión, que asume como representante. Asimismo se sugiere insistentemente que lo nuevo que crece es insuficiente. Cuando la caída es total, es preciso despedirse de manera radical, es decir hasta la raíz del cabello, de temas viejos y ya anticuados.

La otra posibilidad consiste en admitir la pérdida de libertad que se ha producido y aceptarla. De este modo el cuerpo cesará cada mañana de dejar constancia del tema sobre la almohada. La persona que se siente libre haciendo de manera consciente y voluntaria aquello que debe hacer no tiene por qué temer perder sus símbolos de libertad. Esto es especialmente importante cuando la pérdida de libertad es irremediable, por ejemplo al hacerse adulto. La caída del cabello en la adolescencia indica que el paciente no logra reconciliarse con la idea de hacerse adulto. Por tanto, una calvicie prematura presenta un doble aspecto: por una parte los afectados presentan un aspecto de «envejecimiento» prematuro ya que la calvicie se asocia normalmente con la «madurez». Pero por otra parte, el ojo avezado a los símbolos reconoce la falta de cabello de los recién nacidos, en especial cuando los cabellos no vuelven a salir como antes, sino que se forma una suave pelu-

sa. La expresión «calvo como el trasero de un bebé» pone el dedo en la llaga. Por lo tanto, cuando la caída del cabello es preocupante la solución pasa por una maduración en el plano espiritual-psíquico. Nunca es demasiado tarde para abandonar una infancia falsa, simbolizada en la pelusa, y redescubrir la propia infancia en un plano superior.

Otros períodos típicos en los que se produce alopecia es justo antes de contraer matrimonio, antes de incorporarse a un empleo fijo, antes de unas oposiciones, etc. En estos casos debe aplicarse normalmente el mismo principio: la renuncia consciente a la libertad y ausencia de ataduras no supone ninguna amenaza para el cabello, sino la inconciencia que a veces la acompaña y el intento de no pagar por las ventajas adquiridas. Por ejemplo, si una persona acepta con determinación y pasión un empleo que coarta en parte su libertad, no tiene por qué temer por sus cabellos. Muy distinta es la situación de la persona que tiene alma de artista y vive en un mundo de ensueño pero que, por un temor existencial inconfesado, acepta un empleo que le ahoga. Es un error por el que deberá pagar, por ejemplo perdiendo simbólicamente las *alas*.

Los cambios en el crecimiento del cabello durante el embarazo y tras el parto arrojan luz sobre el mismo tema, pero desde otro punto de vista. Durante el embarazo a muchas mujeres les crece un cabello más fuerte y con más vitalidad, aunque algunas lo pierden justo después del parto. Es evidente el aspecto del sacrificio en el parto: a fin de *dar vida* a un nuevo ser la mujer debe separarse de él, es decir, perder parte de sí misma. La caída del cabello tras el nacimiento se agrava si la mujer encuentra dificultades en su papel de madre o con el aspecto del sacrificio. En este caso sufren en su cabeza el sacrificio que no están dispuestas a realizar voluntariamente y, por otra parte, deben vivir en su cuerpo el cambio que debería haber experimentado su vida con la llegada del niño.

En la caída circular del cabello, llamada **alopecia areata**, se plantea la misma problemática referida a un ámbito muy restringido. Es preciso delimitar dicho ámbito, liberarse de estructuras que sobreviven en él y dejar paso libre a los nuevos impulsos.

Merece especial mención la caída de cabello en el hombre que le da la apariencia típica de monje tonsurado. En este caso puede ser necesario aproximarse al arquetipo del monje, el cual simboliza sinceridad con la tonsura, situada en el lugar de la *chakra superior*. Otra posibilidad es la exigencia de imitar al monje y, en principio, alejarse del mundo exterior a fin de abrirse más a los mundos superiores.

Similar interpretación merecen las entradas, que confieren aspecto de pensador subrayando así el aspecto filosófico de la persona. En este caso puede suponerse que aquello que no se ha realizado en el plano espiritual-psíquico encuentra una vía de expresión en el cuerpo o que realmente se trata de un pensador.

que no es a base de cosméticos, bronceados artificiales, etc. y a ocultar lo que es.

Pese a ello, el hecho de retocar un poco la apariencia no tiene por qué ser calificado de deshonesto en todos los casos. Cuando una persona se sienta en la posición del loto, por lo general la realidad interior y exterior tampoco coinciden y, no obstante, tiene sentido realizar estos antiquísimos ejercicios en la esperanza de que, con el tiempo, el interior se asemeje al exterior. Visto de este modo, también tiene sentido el uso consciente de cosméticos.

La ciencia de la fisiognomía ofrece una interpretación válida de la personalidad a través de los rasgos de la cara. En la sabiduría popular y en los dichos se encuentran retazos de esta ciencia, que pertenecen al tesoro de experiencias en cuanto al conocimiento de las personas que subyace en todos nosotros y que utilizamos sin ser apenas conscientes. Que los labios carnosos reflejan una especial sensualidad o que una mandíbula prominente exterioriza una fuerte voluntad es sabido por muchas personas y sentido por todas. Una frente retraída muestra menos intelectualidad que una ancha y abombada, unos ojos pequeños y hundidos indican retraimiento, mientras que los saltones, debido a la enfermedad de Basedow, tienen algo de frescura y al mismo infunden temor. La interpretación inconsciente de los rasgos de la cara es el pan de cada día en la vida cotidiana. Así decidimos si una persona nos es simpática o no. También nuestro estado de ánimo se refleja espontáneamente en la expresión de nuestra cara, aunque tampoco sepamos cómo.

Con tanta sinceridad en una parte del cuerpo tan reducida y tantos intentos para embellecerla, no es de extrañar que determinados síntomas frustren de manera evidente y, en parte, dolorosa el encubrimiento de los hechos. También tratándose del rostro el cuerpo no perdona en el tema de la sinceridad. Cuando nos servimos de trucos para ocultar lo que tenemos escrito en la cara, el destino utiliza un buril aún más duro para grabar sus señales en la matriz de la realidad, que en este caso es la piel del rostro.

El rubor

Antes de recurrir a señales dolorosas y que desfiguran, el destino dispone de señales más sutiles. Ruborizarse con frecuencia es un fenómeno que tiene por finalidad que el afectado tome conciencia de un tema contra el que se resiste. La situación resulta un poco teatral; por lo general se trata de un tema embarazoso que, por ejemplo, es aludido en un chiste. Los afectados intentan ignorar el tema y fingir que no entienden el chiste o que la cosa no va con ellos. Mientras desearían hacerse invisibles y piensan «¡Tierra trágame!», la piel de su rostro se muestra sincera al sonrojarse, señalando así que el tema sí va con ellos. Su cara, convertida en un «pimiento», atrae todas las miradas, y cuanto más intentan disimular y calmarse, más se sonrojan y más se les enciende el rostro. Éste anuncia a los cuatro vientos la embarazosa verdad como si de un semáforo en rojo se tratara. La piel de la cara pone en evidencia aquello que los afectados se niegan a admitir.

La lección a aprender es evidente: una vez la persona se declara dispuesta a reconocer el tema que hasta entonces ha ignorado y a admitir que le afecta, los sonrojos desaparecen. Lo que consideramos normal y natural no nos hace ruborizar. Si finalmente es posible hablar sobre un tema antes embarazoso sin sentir que uno se muere de vergüenza, es que ya se ha integrado el tema y la luz de aviso no se enciende. Sobre todo se puede vivir un ámbito que antes causaba temor y embarazo con alegría y sinceridad e integrarlo en la vida. En este sentido, el síntoma del rubor, en apariencia insignificante, puede en realidad conllevar una importante tarea de aprendizaje.

PREGUNTAS

1. *¿Qué ámbitos de la vida me resultan embarazosos? ¿De qué me avergüenzo?*
2. *¿Qué pensamientos y sentimientos me niego a admitir?*
3. *¿Qué situaciones intento evitar a toda costa?*
4. *¿Qué podría y debería aprender justamente en dichas situaciones?*
5. *¿Qué significa para mí estar cara al público y ser el punto de mira?*
6. *¿Cómo podría desplazar el tema del erotismo de mi cabeza al ámbito del corazón y genital?*

Neuralgia trigémina y otros dolores faciales de origen nervioso

El trigémino es el quinto de los 12 nervios craneales y a él le debemos la extrema sensibilidad del rostro. Comprende tres ramas: la superior se encarga de la frente, la central del área de la mandíbula superior y la inferior del área de la mandíbula inferior. El término neuralgia define sensaciones de dolor a lo largo de un nervio y sus ramificaciones cuyas causas la medicina no puede explicar en ciertos casos, por ejemplo en la neuralgia trigémina. Este fenómeno tiene una gran repercusión negativa en la vida del afectado. Al principio, el dolor aparece de súbito y suele localizarse en un solo lado, puede afectar a una o a varias ramas del nervio y convertirse en un dolor continuado y crónico. Los intensos dolores obligan al paciente a tomar conciencia de su rostro, ya sea de manera ocasional o permanente. Muy pronto la piel facial desarrolla una hipersensibilidad (hiperestesia) presentando especial sensibilidad al dolor en los puntos de emergencia del nervio. Los pacientes no sólo no se sienten bien, sino que desearían gritar detrás de su máscara y deben hacer un gran esfuerzo para salvar las apariencias. En ocasiones el dolor es tan agudo que les es imposible seguir poniendo buena cara y el rostro se les desencaja. El término médico que se aplica a esta situación, en la que la musculatura asimismo reacciona desfigurando los rasgos, es tic doloroso. Otros síntomas son un intenso enrojecimiento de la cara, sudor y lágrimas. Los pacientes parecen que de

Índice

<u>INTRODUCCIÓN</u>	<u>11</u>
PRIMERA PARTE	
<u>I. INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA INTERPRETACIÓN DE LOS CUADROS PATOLÓGICOS</u>	<u>17</u>
<u>1. Interpretación y valoración</u>	<u>17</u>
<u>2. Ceguera propia y proyección</u>	<u>19</u>
<u>3. Revalorización de los síntomas</u>	<u>20</u>
<u>4. Desplazamiento de los síntomas en dos sentidos</u>	<u>21</u>
<u>5. Forma y contenido</u>	<u>23</u>
<u>6. La homeopatía</u>	<u>26</u>
<u>7. El juego de las causas</u>	<u>28</u>
<u>8. Analogía y simbolismo</u>	<u>30</u>
<u>9. Campos formativos</u>	<u>32</u>
<u>II. ENFERMEDAD Y RITUAL</u>	<u>35</u>
<u>1. Rituales en nuestra sociedad</u>	<u>35</u>
<u>2. Rituales de paso</u>	<u>37</u>
<u>3. Rituales de la medicina moderna</u>	<u>38</u>
<u>4. Rituales de la medicina antigua</u>	<u>44</u>

ALTERNATIVAS

La esperada continuación de *La enfermedad como camino* Cómo interpretar los síntomas para descubrir las causas espirituales de la enfermedad

Junto a detallados análisis de las más diversas enfermedades y su significado para el afectado, Dahlke se ocupa muy detalladamente de cómo tratar cada una de ellas. Así, el médico y psicoterapeuta describe en este libro una gran cantidad de cuadros patológicos concretos con el objetivo de ayudar al lector a leer e interpretar sus propios síntomas y establecer con posterioridad la relación con las causas espirituales de la enfermedad. Se trata de un libro irremplazable, muy adecuado como obra de consulta y para el estudio profundo de la interrelación entre cuerpo y alma.

- * **Cómo interpretar los síntomas de numerosos trastornos de la salud.**
- * **Un estudio del cáncer desde sus vertientes fisiológica, cultural y social.**
- * **Los cuadros neurológicos más comunes, como la enfermedad de Parkinson, la esclerosis múltiple o la epilepsia.**
- * **Los problemas glandulares como el hiper y el hipotiroidismo.**
- * **Las afecciones relacionadas con la columna vertebral, los vicios posturales, las escoliosis y las lesiones espinales.**
- * **Las enfermedades leves de la piel como los hongos o las verrugas.**
- * **Los problemas y afecciones más comunes que afectan a la tercera edad.**

*«Un verdadero filón para los que buscan las causas de su enfermedad.
Si se quiere investigar el cómo y el porqué de cada dolencia,
este libro es de obligada lectura.»*

Dr. Ulrike Gottwald, Esotera

*Libros para
un nuevo estilo
de vida*



ISBN 84-7927-185-X



ROBIN BOOK